

DOSSIER N°1

TEXTOS SOBRE EL **PARTIDO**

Donald
Parkinson



Editorial **Avanti**

Artículos extraídos de *Cosmonaut Magazine*.

Traducción por KimJongDos.

`circuloavanti@proton.me — cavanti.noblogs.org`

Si este trabajo ha llegado a ti:

Eres libre de compartirlo, copiar, distribuir y exhibirlo en cualquier medio o formato, manteniendo esta misma licencia al hacerlo.

Se prohíbe su uso o distribución con o sin ánimo de lucro o fines comerciales a empresas, organizaciones o colectivos donde medien relaciones de explotación.

Índice

Sin un partido, no tenemos nada	5
El programa de mínimos y máximos revolucionario	18
Del partido obrero a la república obrera	34

Sin un partido, no tenemos nada

Donald Parkinson

Publicado originalmente en *Cosmonaut Magazine*

Los últimos ocho meses no tienen igual. Las disputas políticas en las primarias demócratas ya estaban teniendo lugar cuando la pandemia de COVID-19 provocó una crisis sanitaria masiva, acompañada de una perturbación económica que condujo a niveles históricos de desempleo. Era solo cuestión de tiempo que comenzaran los disturbios masivos, y el asesinato de George Floyd a manos de la policía del estado fue la chispa que desencadenó meses de protestas y disturbios. En estos meses, una cantidad innumerable de estadounidenses tuvo su primera experiencia de acción política directa. Para muchos, la intensidad de la oleada de luchas supuso una ruptura con el pasado. La política ya no se limitaba a ser un juguete de los propietarios y los expertos tecnocráticos, sino algo disputado por las masas plebeyas en lucha. Esta sensación de ruptura decisiva, de una nueva situación cualitativa, es lo que lleva a Taylor B a declarar el auge del socialismo democrático a través de la campaña de Sanders y las protestas masivas de Black Lives Matter como un «nacimiento de la política», un acontecimiento singular que, en sus propios procesos de movilización social, crea nuevas posibilidades para un futuro horizonte comunista.¹ Esta sensación de ruptura cualitativa le lleva a evaluar estos acontecimientos como singulares, como el presagio de un nuevo proceso creativo que romperá con toda la añeja porquería del pasado y creará nuevas formas de organización. Es este enfoque el que lleva a Taylor B a declarar erróneamente que, en este proceso singular, debemos jurar nuestra fidelidad a las energías espontáneas del acontecimiento, para ver a donde va y qué crea, en lugar de intentar imponer nuestras propias ideas sobre él. Y la más peligrosa de esas ideas es la noción del partido de los trabajado-

¹ B, T. (2020), «Beginnings of Politics: DSA and the Uprising», *Cosmonaut Magazine*.

Donald Parkinson

res, que para Taylor B es una fuerza de neutralización en la coyuntura actual.

Lo que encontramos aquí es una lógica movimentista y espontaneísta en la que las energías desatadas por los movimientos sociales y las acciones de masas se consideran como algo que conduce orgánicamente a una forma más elevada. Este es, en esencia, el argumento de *Huelga de masas, partido y sindicatos*, de Rosa Luxemburg: que el movimiento obrero en lucha encontrará las soluciones a sus problemas y desarrollará nuevas formas organizativas que puedan aplicar estas soluciones. Los argumentos fueron llevados a un extremo mayor por comunistas de consejos como Anton Pannekoek, que finalmente rechazaron al partido como una fuerza de neutralización, al igual que hace Taylor B en *Birth of Politics*. Como ha señalado Mike Macnair,² estas ideas tienen mucho más en común con el enfoque político del anarquista Mijaíl Bakunin que con el de sus principales rivales de la época de la Primera Internacional, Karl Marx y Engels. El atractivo del espontaneísmo y el movimentismo es una reacción común y popular a la realidad de incontables grupos leninistas sectarios que afirman ser los portadores de la verdadera sabiduría del marxismo que organizará y liderará la revolución proletaria. Cuando queda clara la incapacidad de estas sectas para crear conscientemente un movimiento revolucionario desde arriba, el atractivo de una solución desde abajo resulta seductor. Las masas, incorruptas por los dogmas sectarios de la izquierda fracasada, aportará una nueva energía y visión y vencerán a las fuerzas de lo antiguo, poniendo en primer plano las nuevas políticas del auténtico movimiento social. El fracaso de las sectas socialistas a la hora de encontrar una solución para los problemas a los que se enfrentan los socialistas hoy en día hace que la esperanza en la pureza de los movimientos sociales y su movimiento espontáneo sea casi una cuestión de sentido común entre la izquierda activista.

El problema con este enfoque es que contradice el objetivo mismo del comunismo. El comunismo, al menos en parte, puede entenderse como la planificación consciente y el control democrático de los productores de la sociedad. El capitalismo crea formas de dominación y control que se manifiestan como fuerzas impersonales del mercado que

2 Macnair, M. (2012), «Her life and legacy», *Weekly Worker*

Sin un partido, no tenemos nada

nos zarandean según los caprichos del beneficio. La anarquía del capitalismo, o su falta de planificación, significa que nuestros procesos sociales y productivos nos dominan (a la especie humana) como una fuerza arbitraria, del mismo modo que las fetichizaciones religiosas dominan a las comunidades religiosas tradicionales como fuerzas que escapan a su control. Por esta razón, la planificación consciente de la sociedad en el comunismo no es un rasgo secundario, sino parte de su propia naturaleza como sistema social. El partido, instrumento de visión política consciente, se contrapone a la energía espontánea e inconsciente de los movimientos de masas desatados por la campaña de Bernie y Black Lives Matter. No es de extrañar que Taylor B considere que Black Lives Matter tiene más potencial, a pesar de su dominación reconocida por parte de la pequeña burguesía; aunque Black Lives Matter es, técnicamente, una fundación sin ánimo de lucro con existencia organizativa propia, está claro que la energía del movimiento reside en los momentos incontenibles de rebelión en los que se lucha en la calle contra la policía.

La cantidad de energía expresada por las masas en las calles no es en absoluto desdeñable, y es fácil ver por qué gran parte de la izquierda deposita más esperanza en estos momentos de ataques directos al Estado que en las consignas de las sectas que venden periódicos. En momentos como este, es tentador decir, como hace Taylor B, que las masas en lucha están más avanzadas políticamente que las diversas sectas de izquierda. Sin embargo, si entendemos el comunismo como un proyecto de la humanidad para tomar el control consciente de sus propias condiciones de existencia, entonces no basta con depositar la esperanza en la energía espontánea e inconsciente de las acciones de masas. Sí, podemos encontrar niveles de organización que surgen de los movimientos de la multitud, con la formación de asambleas, grupos de afinidad e incluso nuevas organizaciones sin ánimo de lucro como iniciativas de activistas. Sería un error negar la evidente creatividad que surge de movimientos de masas como los que vimos este verano. Sin embargo, sería un error aún mayor declarar que esta creatividad puede generar la organización y la conciencia de clase necesarias para convertir la lucha de clases existente en una que pueda trascender el capitalismo.

Si aceptamos que la planificación consciente de los procesos socio-productivos para satisfacer las necesidades de la especie humana es

Donald Parkinson

una cualidad definitoria del comunismo, también deberíamos estar dispuestos a aplicar este principio a la política comunista. Como partidarios del comunismo que creen que tenemos el deber de luchar por nuestras ideas, es necesario que analicemos nuestra situación, determinemos qué se necesita para avanzar en la lucha por el comunismo, desarrollemos un plan de acción basado en este análisis y lo pongamos en práctica. Observamos las fuerzas sociales que promulgaron estas dinámicas, pero también es necesario analizar cómo encaja nuestra situación en una lucha histórica más amplia del proletariado a lo largo de la historia. No podemos desarrollar una forma de lucha u organización completamente nueva para cualquier coyuntura dada, sino que debemos mirar a nuestro pasado para comprender la mejor forma posible de actuar y desarrollar una estrategia que nos ayude a encabezar la guerra de clases hacia el comunismo. Después de todo, la coyuntura actual no es algo que simplemente se desarrolla ante nuestros ojos como observadores pasivos. Podemos analizar la situación y actuar colectivamente de manera informada por nuestro análisis para influir en su desarrollo.

Pero, ¿a quién me refiero con «nosotros»? ¿A cualquiera que se una a la multitud con la esperanza de liberarse o con el deseo de romper con el orden actual? ¿Solo a otros izquierdistas? ¿A otros marxistas? Para plantear la pregunta estratégica «¿qué hacer?», es necesario que haya un «nosotros» colectivo que pueda actuar como sujeto. De lo contrario, «nosotros» simplemente actuaremos como individuos, como un grupo de afinidad en la calle, como una organización sin ánimo de lucro o como una asamblea general temporal que solo durará mientras la gente pueda permanecer en las calles. Preguntas como «¿deberíamos centrarnos en crear sindicatos o en las elecciones?», «¿debemos oponernos a la guerra?», «¿deberíamos formar una coalición con este partido?», «¿deberíamos organizar manifestaciones a nivel nacional?», «¿deberíamos formar una lucha armada?», solo tienen sentido cuando el «nosotros» en cuestión es algún tipo de colectividad organizada que ya se ha unificado en torno a un objetivo determinado. De lo contrario, uno simplemente está gritando a las masas atomizadas con la esperanza de que le sigan. El «partido» es simplemente esta colectividad organizada que permite que un «nosotros» se forme y actúe de manera decisiva. Esto sin mencionar cómo es un partido, sobre lo que he hablado más en de-

talle en otras partes.³ En este caso, me centro y argumento a un nivel más abstracto sobre por qué es necesario el partido. Este no es la imposición de un modelo histórico abstracto completamente ajeno a la coyuntura, como afirma Taylor B. El llamamiento a un partido es, más bien, una llamada a la estrategia y la capacidad de ponerlo en práctica mediante la formación de un sujeto político, un «nosotros» que pueda plantear y responder preguntas a través de la acción colectiva.

No pongo en duda que Taylor B acepte la necesidad de una estrategia y una subjetividad política organizada que la pueda poner en práctica. El problema es que ve la secuencia política actual como una singularidad que existe en una ruptura con el pasado tan radical que anunciará una forma completamente novedosa de subjetividad política, volviéndonos incapaces de aprender de las lecciones acumuladas del pasado. Supuestamente, se ha producido una ruptura tan radical en la historia que estas lecciones acumuladas solo pueden ser «la tradición de todas las generaciones muertas gravitando como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos». Argumentos como estos se pueden encontrar en todas partes, desde los defensores de ultraizquierda de la comunización inmediata de la sociedad, como la revista *Endnotes*, hasta los populistas de izquierda como Laclau y Mouffe. Las antiguas formas de identificación obrera y las correspondientes formas de organización, como el partido y el sindicato, son expresiones de una época históricamente específica que ya ha pasado. Hoy en día veremos nuevas formas de subjetividad y organización, y quienes plantean las antiguas formas de una época pasada simplemente están imponiendo un pasado nostálgico al presente. O al menos así suele ser el argumento. Me gusta llamar a este tipo de argumentos «apelación a la novedad». La versión que cita Taylor B es un ensayo de Sylvain Lazarus, *Lenin and the Party, 1902–November 1917*. Vale la pena resumir su argumento antes de analizarlo, ya que nos ofrece una versión sofisticada del argumento de «apelación a la novedad». Lazarus comienza diciendo que la noción de «el partido» es la base de la política del siglo XX, que es una innovación marcada por el ¿Qué hacer? de Lenin, que rompe con la concepción anterior de

3 Parkinson, D. (2018), «From Workers' Party to Workers' Republic», *Cosmonaut Magazine*. Disponible en español como *Del partido obrero a la república obrera*, en este mismo dossier.

Donald Parkinson

la política centrada en la insurrección de la clase, ejemplificada por la Comuna de París y las ideas de Marx. El desarrollo de Lenin de la tesis expuesta en el *¿Qué hacer?* se considera una ruptura con la idea de Marx de la clase como sujeto revolucionario:

En *¿Qué hacer?*, Lenin rompió con la tesis de Marx y Engels del *Manifiesto Comunista* (1848) con respecto al carácter espontáneo de la aparición de comunistas en el seno del proletariado moderno. En contraste con la tesis marxista que puede enunciarse como «Donde hay proletarios, hay comunistas», Lenin contrapuso la conciencia espontánea a la conciencia socialdemócrata (es decir, revolucionaria) y llevó esta contraposición al límite.⁴

Se dice que esta ruptura con Marx comprende una nueva secuencia, el descubrimiento de una verdad que marca una época que demuestra esta verdad. Sin embargo, la secuencia llega a su fin en 1917, ya que «el partido» es ahora algo que se entrelaza con el Estado. Ahora solo se puede hablar del «partido del Estado», una fuerza conservadora debido a su «posición por encima de la sociedad». Comienza una nueva secuencia, y la palabra pasa a ser «revolución» en lugar de «partido». Lo que esto significa no está claro, más allá del hecho de que se trata de una nueva forma de política que va más allá del partido. En lugar de buscar el poder estatal, busca su «subversión, su cese transitorio».⁵ En su rechazo de una política orientada en torno al poder estatal y al partido, Lazarus llega a decir que el significante de «revolución» debe rechazarse, ya que es «una noción apolítica e historicista, que reduce el pensamiento político, su condición de posibilidad, a la de un acontecimiento característico en la exterioridad, y sitúa a este último en una cadena en la que también figuran el “partido” y el “Estado” (...) que quedó obsoleta en 1968, en lo que respecta a Francia».⁶

Mi primera reacción al argumento de Lazarus es que está haciendo una afirmación imposible de refutar porque es imposible de demostrar. Analizar la historia y desarrollar una periodización puede ser útil. Di-

4 Lazarus, S. (2007), «Lenin and the Party, 1902–November 1917». En Budgen, S., Kouvelakis, S. y Zizek, S. (2007) *Lenin Reloaded: Toward a Politics of Truth*, Duke University Press, pp. 255-268.

5 *Ibid.*, p.262

6 *Ibid.*, p.265-66

cho esto, hay que preguntarse si se está imponiendo una perodización al llegar a una conclusión y luego leer la historia hacia atrás para validar esa conclusión. Se supone que las narrativas históricas son explicativas, y lo único que explica la narrativa de Lazarus es por qué piensa que debemos abandonar todos los conceptos pasados de la política marxista y proponer algo completamente nuevo. Dejando de lado los problemas de método, la narrativa que pinta Lazarus simplemente no es cierta. Lenin no rompió con la práctica política ni con las concepciones de Marx y Engels en el *¿Qué hacer?* ni presentó ningún tipo de argumento original. Como ha señalado Lars Lih, el *¿Qué hacer?* es un impresionante ejercicio de agresiva falta de originalidad.⁷ Los argumentos de Lenin sobre la necesidad de que la conciencia de clase venga de fuera debido a la insuficiencia de las luchas económicas para devenir por sí solas en política socialdemócrata es simplemente una aplicación de la «fórmula de la fusión» de Karl Kautsky. La fórmula de la fusión postula que los intelectuales socialistas como Marx y Engels desarrollaron sus aplicaciones a partir de su estudio de la historia y la economía política, mientras que la clase obrera, por necesidad, se organizó en un movimiento orbero para defender colectivamente sus condiciones dentro del capitalismo. Los intelectuales socialistas, partidarios conscientes y dedicados de convicción política, deben fusionar su conocimiento con el movimiento obrero uniéndose para formar un partido dedicado a la causa de la revolución socialista, armado con una teoría científica del cambio social. Kautsky basó esta idea en la propia vida y obra de Marx y Engels, como muestra en su panfleto *La obra histórica de Karl Marx*. Al proclamar la teoría del partido de Lenin como una ruptura radical con Marx, Lazarus cae en las trampas de la historiografía de la Guerra Fría, así como en los mitos que las sectas leninistas se cuentan a sí mismas sobre el «partido de nuevo tipo». Lo que Lazarus hace es proyectar una ruptura radical en la historia para justificar que es necesaria otra ruptura radical. Lenin (supuestamente) rompió con la visión de Marx de la clase obrera como sujeto de la revolución con su visión del partido para poder tomar el poder en octubre. Entonces, el partido se volvió en una fuente de conservadurismo al fusionarse con el Estado

7 Gann, T. (2018), «The Bolsheviks Dared: Interview with Lars T. Lih on Lenin as Theorist and Strategist of Hegemony», *New Socialist*.

Donald Parkinson

tras octubre, lo que significa que, si realmente queremos trabajar con el espíritu de Lenin, es necesaria otra ruptura, esta vez con el propio partido. Sin embargo, esa ruptura nunca llegó a producirse realmente. El propio Marx luchó por formar el partido obrero en su época y luchó dentro de él por la claridad programática. Su propia vida fue un ejemplo de la fórmula de la fusión en la práctica. Kautsky se limitó a sintetizarla y Lenin la aplicó a las condiciones rusas.

La periodización de Lazarus es esencialmente solo una apelación a la novedad a expensas de la continuidad, mostrando la historia como una serie de secuencias en la que cada una representa una ruptura limpia con la anterior, en la que la historia exige un tipo de política completamente diferente. Lo que cambia exactamente en términos de condiciones socioeconómicas para producir estas secuencias y exige la ruptura en marcos políticos acompañante se deja a la imaginación. Frente a esta visión de la historia como pura novedad, debemos ver la continuidad en la historia para asimilar mejor las luchas pasadas acumuladas del proletariado y los oprimidos, basándonos en los años de práctica de ensayo y error que nos han legado nuestros antepasados para producir las instituciones y el conocimiento que existen hoy en día. Lenin no se limitaba a analizar la coyuntura inmediata a la que se enfrentaba y a extraer conclusiones de sus tendencias inmanentes para producir la práctica. Aplicaba el conocimiento y las prácticas que le habían sido transmitidos por años de experiencia política previa. Lenin trabajaba con la tradición del populismo ruso y sus años acumulados de fracasos a la hora de engendrar una verdadera revolución social contra el zarismo. Usando una estrategia terrorista defectuosa y confiando en las energías espontáneas del campesinado despertadas por una minoría de la *intelligentsia*, Lenin buscó soluciones que al principio no parecían encajar en sus condiciones. Encontró una en el éxito masivo del Partido Socialdemócrata de Alemania, que se unificó bajo un programa basado en el marxismo para crear un partido apoyado por millones de trabajadores. El propio movimiento socialdemócrata alemán existía en continuidad con las tradiciones del cartismo, el republicanismo radical y la propia historia nacional alemana de lucha obrera y rebelión campesina. Todas estas experiencias acumuladas de lucha de clases constituyen la tradición de la actividad comunista en la que no solo se inscribía Lenin, sino también los comunistas contemporáneos, para bien o para mal. Es

por esta razón que rechazo tanto la periodización de Lazarus como el uso que hace Taylor B de ella para argumentar que «debemos partir de una ruptura para hacer política en las condiciones actuales» igual que «Marx rompió con los socialistas utópicos. Lenin rompió con Marx. La Revolución Cultural puede interpretarse como la ruptura de Mao con el marxismo-leninismo para liberar la política del partido-Estado».

Al plantear la historia como una secuencia de rupturas decisivas en lugar de un flujo de novedad y continuidad, nos separa de las generaciones pasadas de lucha de clases, obligando a la izquierda a reinventar completamente la política para cada secuencia histórica que encontramos. Cualquier situación concreta en la historia es una coyuntura completamente única, al tiempo que también está integrada en una red de determinaciones que son el producto de generaciones de prácticas sociales, todas ellas correspondientes a la necesidad de la humanidad de interactuar con la naturaleza. Situarnos en la coyuntura significa examinar toda la historia en busca de las lecciones acumuladas que nos han proporcionado estas prácticas sociales y aprovecharse de ellas, deshaciéndonos de la basura del pasado que nos perjudica y conservando aquellas ideas y prácticas que nos orientan correctamente, continuando el trabajo de quienes nos precedieron. Con esta perspectiva, es fácil ver que no es idealista reaccionar a la situación actual buscando la organización de un partido obrero. Quienes nos dedicamos a ello continuamos el trabajo de generaciones de partisanos que nos precedieron y llevamos con nosotros sus lecciones y métodos. Aprovechar estos métodos y aplicarlos a las condiciones a las que nos enfrentamos no supone imponer algo ajeno y extraño a nuestras circunstancias actuales. Estas circunstancias no existen en un vacío completamente ajeno a una continuidad histórica más amplia.

Lo idealista es suponer una ruptura en la que los actores políticos reinventarán completamente las viejas formas y subjetividades sin basarse en las tradiciones históricas en las que están integradas. Estamos más atomizados y despolitizados que nunca, por lo que es más fácil vernos como desvinculados del pasado y en una posición histórica única en la que debemos volver a empezar desde cero y reinventar completamente la política para relacionarnos con nuestros tiempos. Sin embargo, esta desvinculación es una ilusión, al igual que la idea que la acompaña de que podemos reinventar la política sin tener en cuenta las

Donald Parkinson

tradiciones del pasado. Cualquier intento de reinventar la política de esta manera será inevitablemente pura improvisación. Cualquier situación requiere improvisación, un «análisis concreto de la situación concreta». Pero la improvisación en política requiere conocimiento sobre nuestros métodos de lucha, un corpus de conocimiento organizativo y político que sirva como base. Cuando nos desvinculamos del pasado y buscamos reinventar nuestros métodos de lucha con cada fase de la historia (sea cual sea la definición de estas fases) acabamos perdiendo este conocimiento y teniendo que improvisar a ciegas. Y esta improvisación caerá en los patrones de pensamiento dominantes de la sociedad burguesa-liberal. Por esto Althusser habló de la ideología espontánea de los científicos y también tiene sentido hablar de la ideología espontánea de los activistas.⁸ Al tratar de alcanzar objetivos políticos, los activistas se encuentran con limitaciones y callejones sin salida, igual que los científicos se enfrentan a momentos de crisis en sus campos. El activista buscará resolver estos problemas y limitaciones dentro del marco ideológico dominante en la sociedad, al igual que el científico recurre a la filosofía idealista a pesar de la naturaleza realista y materialista de su práctica. Hoy en día, cuando se topan con las limitaciones del momento actual, los activistas recurren a ideas liberales y anarquistas, a menos que se plantee una alternativa coherente. En lugar de conducir a una superación del marco dominante, la espontaneidad tiende a favorecerlo. Por eso Lenin habló de una necesidad de «combatir la espontaneidad».⁹ Para Lenin, el papel del partido era el de introducir una conciencia socialdemócrata que no se consideraba posible solo a través de la acumulación de luchas económicas. El hecho de que la acumulación de luchas económicas no condujera a la generación espontánea de una conciencia socialdemócrata era lo que hacía necesario el partido. Lenin vio que la política comunista requiere desafiar la cosmovisión dominante, y el partido permitía hacerlo de forma consciente y sistemática.

8 Althusser, L. (1990), *Philosophy and the Spontaneous Philosophy of the Scientists & Other Essays*, Verso. Cf. capítulo 3.

9 Lenin, V. I. (1902), «¿Qué hacer?». En Lenin, V. I. (1961), *Collected Works*, tomo V, Foreign Languages Publishing House, pp. 347-530.

Sin un partido, no tenemos nada

Esta es la lección del *¿Qué hacer?*, y debería verse como una lección que no es particular a una determinada fase de la historia, como sostiene Lazarus, sino más bien universal a la propia política. La batalla por la hegemonía debe ser una lucha prolongada y sistemática que se oponga a las ideas dominantes de la sociedad y, al mismo tiempo, proponga una alternativa real. Mi argumento no es que no necesitemos cambios y formas innovadoras de pensar y organizarnos, sino simplemente que no cambiemos lo que no esté roto. La forma partido no es en sí misma el agente de neutralización de los potenciales emancipadores con los que hay que romper. En lugar de ser la causa del burocratismo y otras fuentes de degeneración revolucionaria, el partido es la condición previa para resolver estos problemas. Hay una lucha de clases en el seno del propio partido, entre la burocracia pequeñoburguesa y los proletarios a los que representan. Cuando Taylor B habla de la forma partido como fuente de neutralización, es la victoria de este estrato pequeñoburgués la que en realidad es la fuente de neutralización, no la esencia del partido en sí. Al llevar a cabo la lucha para controlar la burocracia del partido y democratizar sus organizaciones, el propio proletariado aprende a gobernar la sociedad como clase. Construyendo el partido obrero nos permite constituir al proletariado en formas más elevadas de subjetividad política al crear una colectividad que trabaja consciente y deliberadamente para resolver estos problemas. Nos permite convertirnos realmente en una fuerza capaz de disputar el poder de clase de nuestros enemigos superándolos en organización y estrategia. Para debatir sobre estrategia revolucionaria, desarrollar un plan viable y ponerlo en práctica, se necesita un partido. Los revolucionarios históricos se han dado cuenta de ello. Al ver la inutilidad de las interminables protestas callejeras, por muy militantes que fueran, Huey Newton reaccionó ante los retos a los que se enfrentaban los proletarios negros en lucha ayudando a formar el Partido Pantera Negra:

El movimiento estaba alcanzando su punto álgido en todo el país. Los hermanos de los barrios de muchas ciudades del norte se movían con ira en respuesta a los problemas que los abrumaban. Nueva York y otras ciudades del este habían estallado en 1964, Watts se levantó en 1965, Cleveland en 1966, y en 1967 se avecinaba otro largo y caluroso verano. Pero los hermanos necesitaban una dirección para canalizar sus energías. El Partido no quería

Donald Parkinson

más disturbios espontáneos, porque el resultado siempre era el mismo: el pueblo podía liberar sus territorios durante unos pocos días u horas, pero al final la fuerza militar del opresor acababa con sus conquistas. Al no tener ni la fuerza ni la organización, el pueblo era impotente. En última instancia, los disturbios solo causaban más represión y la pérdida de hombres valientes. Los negros sangraban y morían en los disturbios y acababan en la cárcel por cargos insignificantes o falsos. Si los hermanos podían organizarse en cuadros disciplinados, trabajando en programas comunitarios de base amplia, entonces la energía gastada en los disturbios podía dirigirse hacia cambios permanentes y positivos.¹⁰

A diferencia de Taylor B, creo que Marx sí tenía una teoría política. Aunque fueron figuras como Engels, Bebel, Kautsky y Lenin quienes la sistematizaron, Marx creía en última instancia que la política consistía en la lucha de clases por la disputa, la conquista y la retención del poder. El comunismo se basaba en que el proletariado tomara el poder a escala internacional, lo que requería una lucha prolongada en la que el proletariado se organizara como una clase que pudiera plantearse como una alternativa a la sociedad capitalista. Para hacerlo, el proletariado tenía que formar un partido y aprender a autogobernarse organizándose a nivel nacional e internacional y librando una batalla política por el republicanismo democrático radical y la socialización de la producción. A diferencia de los sectarios socialistas de hoy y de entonces, Marx luchó por un partido que se basara en la unidad en torno a un programa político, no a un credo teórico o un dogma filosófico específicos. Marx luchó por la unidad de todos los revolucionarios de principios en torno a una estrategia para que el proletariado se constituyera como clase y luchara por el poder político, no por la pureza de una microsecta. Muchos desconfían hoy en día del proyecto de construcción del partido por las actitudes tóxicas de los sectarios que promueven la desunión, y no se debe confundir mi argumento a favor de un partido obrero con un argumento a favor de una nueva secta. Lo que se necesita es la unidad de los marxistas dentro de la izquierda existente en torno a un programa de independencia de clase y una estrategia

10 Newton, H. P. (2009), *Revolutionary Suicide*, Penguin, pp. 162-163.

Sin un partido, no tenemos nada

de construcción de un partido que organice a las comunidades de clase obrera y se presente a las elecciones. Esa unidad requerirá romper con las identidades sectarias a favor de la colaboración y las unificaciones, y no será fácil de conseguir. Pero el desarrollo de argumentos como los esgrimidos por los camaradas de *Red Star DSA* muestra el potencial de una iniciativa de este tipo en la izquierda. Una cosa es segura: sin un partido, no tenemos nada. Porque sin un partido, no hay un «nosotros».

El programa de mínimos y máximos revolucionario

Donald Parkinson

Publicado originalmente en *Cosmonaut Magazine*

En este artículo, voy a hablar sobre una parte importante de Marx que se suele ignorar: su contribución al arte del programa político. No nos falta literatura que explora las teorías e ideas filosóficas de Marx. Sin embargo, a menudo olvidamos que Marx no solo era un estratega político, sino también alguien que contribuyó a los movimientos políticos existentes. El *Manifiesto Comunista* es probablemente la más famosa de sus contribuciones de este tipo, escrita en medio de las luchas de 1848. Sin embargo, esto fue al principio de la carrera política de Marx. Si queremos comprender sus contribuciones políticas más «maduras», un documento clave es el *Programa del Partido Obrero*, coescrito con Jules Guesde. Este documento no solo es una expresión de las opiniones políticas del Marx maduro, sino también un modelo en el que basar la construcción de un programa de mínimos y máximos, que, desde mi punto de vista, es el modelo en torno al que debe orientarse el movimiento socialista de hoy en día.

La razón por la que me centro en esta cuestión no es realizar un ejercicio de arqueología histórica, sino arrojar luz sobre cuestiones modernas relacionadas con el programa político del movimiento socialista actual. En mi opinión, el *Programa del Partido Obrero* sigue siendo hoy en día un modelo de programa político, no solo porque fue una auténtica contribución del Marx «maduro» tras sus experiencias con la Primera Internacional y la Comuna, sino también porque su estructura de mínimos y máximos es superior a la de otros métodos programáticos empleados por la izquierda socialista hoy en día. Uno de estos métodos, que analizaré más adelante, es el programa de transición favorecido por los trotskistas de la publicación *Left Voice*, que abordaron el programa de mínimos y máximos en una crítica reciente.

Un programa político para los trabajadores franceses

Para comenzar, examinaré de cerca el *Programa del Partido Obrero*. Los orígenes del programa se pueden encontrar en un congreso de trabajadores celebrado ocho años después de la caída de la Comuna de París, el Congreso obrero francés de 1879, en el que se proclamó la formación de un partido obrero independiente y la necesidad de colectivizar los medios de producción. Esto supuso un duro golpe para las tendencias proudhonianas que hasta entonces habían dominado el socialismo en Francia y representó el auge de la política marxista como fuerza organizada en Francia. Las dos principales figuras del marxismo (o lo que se conocería más tarde como marxismo) en la Francia de la época eran Paul Lafargue y Jules Guesde. Lafargue era el yerno de Karl Marx, mientras que Guesde se convirtió en el líder de la recién formada Federación del Partido de Trabajadores Socialistas. Ambos buscaron la colaboración del propio Marx para redactar el programa del partido en preparación para las elecciones legislativas nacionales de 1881.¹

El proceso de redacción del programa comenzó con la elaboración por parte de Marx de un cuestionario de 101 programas para los trabajadores lectores del periódico socialista *La Revue socialiste*. El objetivo del cuestionario era recabar información sobre las condiciones de vida y de trabajo del proletariado francés que pudiera servir de base para la redacción de las reivindicaciones. Guesde recorrió el país para organizar grupos locales y regionales y descubrió que la mayoría de grupos obreros estaban interesados principalmente en reivindicaciones reformistas para obtener más derechos sociales y civiles. Tras el viaje, Guesde se fue a Londres para reunirse con Marx y redactar el programa en mayo de 1880.²

El preámbulo del programa del partido, escrito por Marx, es uno de los resúmenes más eficaces, a la par que concisos, de la política comunista jamás plasmados en papel. El propio Engels lo describió como «una obra maestra poco común de argumentación convincente, escrita de forma clara y concisa para las masas; yo mismo quedé asombrado

1 Derfler, L. (1991), *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism, 1842-1882*, Harvard University Press, pp. 184-185.

2 *Ibid.*, pp. 185-186.

Donald Parkinson

por esta formulación tan concisa».³ Marx comienza el preámbulo con un simple resumen de la tesis comunista: «Que la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo o raza». Aquí se desmienten claramente todas las afirmaciones de que el comunismo de Marx solo se preocupaba por los trabajadores industriales, refutando en una simple frase que el marxismo sea un mero «obrerismo». La lucha del proletariado, la clase productiva en el capitalismo moderno, no se ve como un fin en sí misma ni como algo relativo a intereses particulares en la sociedad de clases, sino como un medio para la emancipación de la humanidad universal. Y para dejarlo claro, Marx enfatiza la naturaleza verdaderamente universal de la humanidad afirmando claramente que se refiere a la humanidad sin distinción de sexo o raza. Así, el carácter internacionalista y antipatriarcal de la política marxista queda claro desde el principio.

La siguiente sección afirma la condición para que la clase productiva pueda emanciparse: que «posean los medios de producción». Esto puede parecer simple desde nuestro punto de vista, pero en la época de Marx era necesario clarificarlo. Por eso, el siguiente punto del preámbulo diferencia entre dos formas en las que los medios de producción pueden pertenecer a los trabajadores: la individual y la colectiva. La forma individual se refiere a los campesinos y los artesanos, que poseen sus propios medios de producción como individuos. Esta forma de propiedad era considerada como un ideal al que aspirar por parte de los seguidores de Proudhon, hasta entonces dominantes en el socialismo francés. El argumento de Marx es que esta forma de propiedad es cada vez más anticuada e irrelevante como resultado del desarrollo del capitalismo, que socializa los medios de producción en el marco de la propiedad privada y la competición en el mercado. Como resultado, solo es posible apropiarse colectivamente de los medios de producción, superando el marco de la propiedad privada en favor de la propiedad social. El desarrollo capitalista ha proletarizado a la población trabajadora al separarla de los medios de producción, ha desarrollado las propias formas de trabajo para que sean más cooperativas

3 Engels, F. «Engels to Eduard Bernstein in Zurich», 25 de octubre de 1881. En Marx, K. y Engels, F. (1955), *Selected Correspondence*, Progress Publishers, p. 324-325.

El programa de mínimos y máximos revolucionario

y ha puesto fin a la posibilidad de restaurar la pequeña propiedad si se quieren mantener y mejorar las formas de producción actuales. Es imposible volver a la propiedad individual, por lo que la única posibilidad de emancipación de los trabajadores es la apropiación colectiva.

De ahí se deriva la siguiente sección del preámbulo, que afirma la necesidad de la independencia de clase del proletariado y la necesidad de que se organice en un partido político: «esta apropiación colectiva sólo puede alcanzarse con la acción revolucionaria de la clase productiva (o proletaria) organizada en un partido político diferenciado del resto de partidos». Dicho de otra forma, solo el proletariado como clase se verá obligado, a través de la lucha, a hacerse con los medios de producción, ya que no tiene títulos de propiedad que hagan que esté interesado en la conservación del sistema de apropiación privada. Por lo tanto, el proletariado debe organizar su propio partido político, con una política que exprese sus necesidades como clase y no las necesidades de la clase propietaria. Esto no implica que solo los proletarios puedan ser miembros del partido o que solo los proletarios se puedan beneficiar de las políticas propuestas. Los campesinos, los intelectuales, los profesionales e incluso los burgueses traidores de clase pueden ser miembros del partido. Pero cuando ingresan al partido deben dejar de lado sus intereses de clase particulares y luchar por las necesidades del proletariado, incluso cuando entren en contradicción con su propia clase.

El preámbulo afirma entonces que este partido del proletariado con independencia de clase debe perseguir sus objetivos por cualquier medio necesario. Sin embargo, el ejemplo que se da de tales medios no es la lucha armada o una huelga general, sino el sufragio universal, «transformado, de un instrumento de engaño como hasta ahora ha sido, en un instrumento de emancipación». Es a través de las políticas de masas, y no de la acción de minorías militantes, como el proletariado debe luchar como clase, y esto implica disputarle las elecciones a los partidos de la burguesía. Marx era consciente de las limitaciones del proceso electoral y sabía que era utilizado como un instrumento de legitimación por parte de la burguesía. Pero también se dió cuenta de que el sufragio universal tenía un enorme potencial para ser una herramienta para el proletariado que podía ser subvertida. La palestra electoral no debía quedar exclusivamente en manos de la burguesía, sino que debía

Donald Parkinson

ser disputada por el partido obrero, llevando su política al escenario nacional.

Las reivindicaciones que siguen son de carácter tanto político como económico, y representan un programa de mínimos. Representan cambios inmediatos por los que el partido debe luchar y que instituirá colectivamente antes de tomar el poder. Al examinarlas más de cerca, vemos dos cosas importantes: 1) que estas reivindicaciones, tomadas de forma individual, no implican una ruptura con el sistema económico capitalista, y 2) que, si se instituyeran en su totalidad, implicarían una ruptura con el dominio capitalista sobre el Estado y la implantación del dominio político del proletariado. En resumen, el objetivo de un programa de mínimos no es simplemente crear una lista de reformas por las que luchará un partido para conseguir apoyo y ganar popularidad, sino proporcionar una hoja de ruta para que el proletariado se haga completamente con el poder estatal en una ruptura revolucionaria.

Este formato de mínimos y máximos no es único del *Programa del Partido Obrero*. Como ha señalado Jack Conrad,⁴ se puede encontrar en el *Manifiesto del Partido Comunista*, en el *Programa de Erfurt* y en el *Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* de 1902. La razón detrás de mi interés particular en este documento histórico es que es una expresión muy sencilla y clara de este formato que, si se lee con atención, aclara muchas confusiones sobre su naturaleza, sobre todo sobre sus reivindicaciones políticas.

Reivindicaciones políticas y económicas

La primera reivindicación de la sección política es instructiva en tanto que se centra en los derechos democráticos de la clase trabajadora:

Abolición de todas las leyes de prensa, reunión y asociación y, en particular, de la ley contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Eliminación de la cartilla del obrero, ese mapeo de control de la clase obrera y de todos los artículos del Código que establecen la inferioridad del obrero respecto al patrono y de la mujer respecto al hombre.

4 Conrad, J. (2006), «Our republic», *Weekly Worker*.

El programa de mínimos y máximos revolucionario

Marx y Guesde se preocupan principalmente aquí por la libertad política, la luz y el aire del proletariado, sin los que no puede respirar. Teniendo en cuenta la historia del «socialismo realmente existente», esto puede resultar sorprendente para algunos. Después de todo, ¿el objetivo no debería ser la supresión de la prensa burguesa? Ciertamente, no debemos permitir que los monopolios capitalistas controlen los medios de comunicación como hacen ahora. También está claro que aquí lo que más preocupa a Marx es la libertad de prensa de la clase obrera, pues dice que el objetivo deben ser las leyes contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Aquí, el objetivo es asegurarse de que la clase obrera tenga la capacidad de gobernar, y desde el punto de vista de Marx esto significa necesariamente la instauración de una prensa libre en la que la clase obrera tenga libertad de asociación. Las cuestiones relativas a la supresión de la prensa capitalistas eran secundarias y contingentes a las circunstancias de la revolución.

A continuación, se menciona la cartilla del obrero, esencialmente una forma de servidumbre por deudas que existió en Francia hasta 1890. La cartilla era básicamente un pasaporte necesario para cambiar de empleador. Era un carnet en el que figuraban las deudas y obligaciones pendientes con los antiguos jefes, lo que significaba que, para cambiar de empleador, el antiguo debía liquidar estas deudas y obligaciones. Este sistema pone de manifiesto el atraso del capitalismo francés, que aún no era capaz de recurrir a la «zanahoria» del desempleo para controlar la fuerza de trabajo y, en su lugar, recurría a la «vara» de los pasaportes internos. La abolición de la cartilla va seguida de la destrucción de todas las leyes del Código Napoleónico que garantizan no solo «la inferioridad del obrero respecto al patrono», sino también de las que imponen la inferioridad de la mujer respecto al hombre. Si bien estas reivindicaciones pueden no requerir una ruptura con el gobierno burgués, son necesarias, aunque no suficientes, para tal tarea.

Tras tratar la libertad de prensa y la cartilla, Marx y Guesde pasan a lo que es, en esencia, una exigencia anticlerical, pidiendo la «Abolición del presupuesto para el culto religioso» y la «devolución a la nación de los “bienes inmuebles e inmuebles conocidos como de manos muertas”», citando el ejemplo de la Comuna de París, así como la «Anulación de la deuda pública». Ambas reivindicaciones están inspiradas por el ejemplo de la Comuna, y son esencialmente compatibles con

Donald Parkinson

una revolución democrático-burguesa profunda y no necesariamente reivindicaciones que requieran una dictadura del proletariado. Son las dos reivindicaciones siguientes las que mejor nos ayudan a comprender la naturaleza del programa de mínimos, no como simples exigencias reformistas para movilizar a los trabajadores, sino como reivindicaciones con un contenido revolucionario. La primera es la clásica reivindicación socialista de una milicia popular: «Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo». A esta le sigue el llamamiento a que «La Comuna sea dueña de su administración y de su policía».

Lo importante de estas reivindicaciones es que requerirían una ruptura con el Estado existente en Francia, la Tercera República, denunciada por los radicales franceses como «la monarquía sin el monarca».⁵ La disolución del ejército permanente y el armamento general del pueblo, junto con la transferencia de la administración y el control de las fuerzas armadas a la comuna, habrían supuesto una transferencia de soberanía y una ruptura en la forma general del Estado. La referencia a la Comuna lo deja claro, ya que Marx dejó claro que la principal lección de la Comuna era que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines».⁶ Estas reivindicaciones mínimas, tomadas en su conjunto, no son, por tanto, meras reformas: son un llamamiento a una ruptura radical con el Estado existente y una transferencia del poder a la clase obrera en una nueva república democrática.⁷

A Guesde se le escapó la naturaleza radical de estas reivindicaciones, ya que consideraba que los puntos del programa eran meras consignas destinadas a incitar a los trabajadores a la acción con la esperanza de que emprendieran una lucha verdaderamente revolucionaria. El propio Marx no tenía tiempo para esta «fraseología revolucionaria», y enfatizó la naturaleza práctica, a la par que transicional, de estas reivindicaciones. Su objetivo era proporcionar una hoja de ruta práctica para la toma

5 Bernstein, S. (1940), «Jules Guesde, Pioneer of Marxism in France», *Science & Society*, 4(1), pp. 29-56.

6 Marx, K. (1871), *Civil War in France*. Cita en español tomada de Marx, K. (1871), *La Guerra Civil en Francia*, Fundación Federico Engels.

7 Citado por Engels en una carta a Bernstein escrita en Zurich en 1882.

El programa de mínimos y máximos revolucionario

del poder político al movimiento obrero, no meras consignas a gritar para inspirar huelgas de masas que dieran lugar a la creación de consejos obreros. Fue este desacuerdo con la fraseología hueca de Guesde lo que inspiró la cita de Marx, utilizada erróneamente de forma crónica, de que, si eso era el marxismo, «lo único que sé es que no soy marxista».

Una posible fuente de confusión en cuanto a la naturaleza revolucionaria de este programa es la naturaleza de las reivindicaciones económicas. Entre ellas se incluyen cosas como la reducción de la jornada laboral a 8 horas y de la semana laboral a no más de 6 días, la responsabilidad de la sociedad hacia las personas ciegas y discapacitadas, la supervisión de los aprendices por parte de las asociaciones obreras, la abolición de las herencias por encima de una cantidad determinada, la prohibición de contratar mano de obra inmigrante por salarios inferiores a los de los trabajadores franceses y otras reivindicaciones que son esencialmente reformas. Estas reformas no requieren una ruptura con el capitalismo como sistema económico, mientras que las reivindicaciones políticas, tomadas en su conjunto, sí que requieren una ruptura con el Estado capitalista.

La revolución en dos etapas de Marx

El razonamiento detrás de esto es simple. Marx veía la revolución esencialmente como un proceso de dos etapas: primero, el proletariado debe tomar el poder político y establecer la república democrática, y luego, dentro de este marco recién establecido, puede asumir la tarea de reconstruir la sociedad sobre una base comunista. La toma del poder político por parte del proletariado no conduce inevitablemente a la victoria del socialismo. Lo que se logra con la toma del poder político es la inauguración de una nueva fase de la lucha de clases, una en la que el proletariado controla los medios generales de coacción. Las clases siguen existiendo y el modo de producción capitalista sigue intacto. La dictadura del proletariado, como expresión, implica la existencia del proletariado y, por lo tanto, la existencia de clases. Se entra en una situación contradictoria en la que la clase explotada ahora tiene el poder sobre los explotadores. Solo mediante la victoria del comunismo se puede resolver esta contradicción.

Donald Parkinson

Al escribir sobre la Comuna de París, Marx afirmó que el movimiento de la historia había descubierto una forma general del poder político en manos del proletariado. La Comuna apenas tocó la institución de la propiedad privada. Lo que la hizo revolucionaria fue que transformó radicalmente la forma del Estado, estableciendo una democracia radical que permitía a la clase asalariada ascender a una posición de supremacía política. Medidas como la revocabilidad de los delegados, la nivelación salarial y la milicia popular tenían como objetivo expropiar políticamente a la clase capitalista. Al poner a la clase obrera en el poder, Marx escribió que la Comuna «... proporciona el medio racional a través del cual la lucha de clases puede atravesar sus diversas fases de la manera más racional y humana».⁸ Esto, combinado con los comentarios de Engels de que la Comuna de París era un ejemplo de la dictadura del proletariado sienta las bases de una teoría de la transición como una lucha de clases en sí misma. Un estado en el que gobierna el proletariado sigue siendo una situación en la que el proletariado existe como clase y, por lo tanto, no es una sociedad sin clases. Es simplemente el primer paso hacia esa sociedad, y esto no hace que deje de suponer una ruptura con el orden social existente.

El programa de transición como alternativa

El programa de mínimos y máximos, ejemplificado por el *Programa del Partido Obrero*, se suele comparar negativamente con el *Programa de transición* de Trotsky, titulado originalmente *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* y reimpresso después como *El programa de transición y la lucha por el socialismo*. El reciente artículo de Nathaniel Flakin en la publicación trotskista *Left Voice* es un ejemplo de esta comparación negativa centrado en el enfoque seguido por mí mismo así como mis camaradas de *Cosmonaut Magazine* y la *Marxist Unity Slate* en DSA. Flakin afirma que la bifurcación entre mínimos y máximos se aceptó debido a la inmadurez del capitalismo en esa época, aceptando la idea común de que las reivindicaciones del *Programa del Partido*

8 Citado en Johnstone, M. (1971), «The Paris Commune and Marx's Conception of the Dictatorship of the Proletariat», *The Massachusetts Review*, 12(3), pp. 447-462.

El programa de mínimos y máximos revolucionario

Obrero buscaban ser meras reformas cotidianas, cuya falsedad espero haber demostrado. Flakin también afirma que el programa de mínimos y máximos fue una causa de la degeneración del propio SPD, que acabó apoyando la Primera Guerra Mundial como resultado de su pasividad y su reformismo, lo que es, como mínimo, una narrativa histórica simplista.

El argumento de Flakin es que el programa de mínimos y máximos no presenta ninguna conexión entre las reivindicaciones mínimas y máximas y, por tanto, no es adecuado para una época en la que las contradicciones del capitalismo se han intensificado. La crisis del capitalismo se ha agravado tanto que no hay tiempo para «varias décadas en las que el movimiento socialista pueda extraerle concesiones políticas y económicas a la burguesía, dejando la cuestión del socialismo para un futuro lejano». Por lo tanto, es necesario plantear reivindicaciones que, de alguna manera, lleven a una situación revolucionaria si son adoptadas y perseguidas por la clase obrera. Esta idea tiene su origen en el propio Programa de transición de Trotsky, que comienza afirmando que se han cumplido los criterios objetivos para la revolución, quedando solo por cumplir el factor subjetivo de la dirección.⁹ Esto conduce a un enfoque según el cual lo que los trabajadores necesitan son, en esencia, líderes mejores que proporcionen consignas y reivindicaciones mejores que los reformistas y estalinistas que ponen freno a las masas obreras, que, de no ser por sus malos dirigentes, se encontrarían en una situación revolucionaria.

Flakin usa el ejemplo de la vivienda: en lugar de exigir viviendas públicas al Estado burgués, un partido revolucionario genuino llamaría

9 Trotsky, L. (1938), *The Transitional Program*, Labor Publications. «Las habladurías que tratan de demostrar que las condiciones históricas para el socialismo no han “madurado” aún, son producto de la ignorancia o la mala fe. Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no sólo han “madurado”, han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe. Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria». Cita en español tomada de Trotsky, L. (1938), *La Agonía del Capitalismo y las Tareas de la IV Internacional*, Fundación Federico Engels.

Donald Parkinson

a los trabajadores a participar en la «ocupación de apartamentos de lujo y edificios de oficinas para alojar a todas las familias trabajadoras y pobres», ya que «Esas ocupaciones se pueden integrar en un plan para hacer que toda la vivienda sea pública y gestionada por los inquilinos y sus representantes a través de la democracia directa». Se deja a la imaginación qué organización dirigirá dichas ocupaciones; es casi como si dichas reivindicaciones fueran simplemente una forma de incitar a los trabajadores a la acción con la esperanza de que dicha lucha se convierta orgánicamente en una lucha por el socialismo cuando se den cuenta de que la policía burguesa no tolerará las ocupaciones de los apartamentos de lujo.

Lo que tenemos aquí es, en esencia, una estrategia de impaciencia: en lugar de usar el programa como un medio para unir a la clase obrera en torno a una visión de cambio político, el objetivo es proporcionar consignas y tácticas que impulsen a las masas a la acción, esperando que esto, de alguna manera, conduzca a una «transición» hacia una lucha genuína por el socialismo. No queda claro cómo debe producirse esta transición: Flakin menciona los consejos obreros y los comités de fábrica, sugiriendo que tal vez las reivindicaciones planteadas por un partido trotskista ayuden contribuyan a su formación. Incluso si esto fuera cierto, y se impulsara a los trabajadores a movilizarse, formando consejos obreros a través de su lucha, la simple existencia de consejos no sirve como reemplazo para una mayoría obrera que desee un cambio de régimen y tenga una hoja de ruta concreta para conseguirlo. Las acciones de masas de clase no son sustitutos de esto, y, en última instancia, el programa de transición, tal y como se imagina aquí, solo puede recurrir a la espontaneidad cuando se le presiona sobre cómo sus reivindicaciones son transicionales hacia el socialismo.

Flakin admite que la versión del programa de mínimos y máximos que defiende Marxist Unity busca conducir a una ruptura con el dominio de clase de la burguesía. ¿Cuál es entonces el problema? Que no hay una explicación de cómo será esta transición y hay una división arbitraria entre los mínimos y los máximos. En lo que respecta a la primera objeción, la transición entre sus reivindicaciones y la lucha directa por el socialismo que defiende la perspectiva del *Programa de transición* es ilusoria. Presiona a los trabajadores para que emprendan acciones militantes con la esperanza de que dichas acciones desemboquen en una

El programa de mínimos y máximos revolucionario

situación revolucionaria o, al menos, una acción de masas que anime a los trabajadores a producir una en el futuro. La esperanza parece ser que las reivindicaciones transicionales inspiren a los trabajadores a la acción, creando la necesidad de consejos obreros o soviets, lo que a su vez dará a la vanguardia revolucionaria una oportunidad para guiar a estos consejos en la dirección correcta. Tales escenarios son, en el mejor de los casos, una quimera y, en el peor, intentos de engañar a la clase obrera para que haga la revolución.

La segunda objeción, la de que, si el programa que proponemos es realmente revolucionario, no tiene sentido hacer una división entre mínimos y máximos, pasa por alto el hecho de que una revolución socialista es un proceso de dos etapas.¹⁰ Las reivindicaciones de mínimos, tomadas en su conjunto, tienen como objetivo establecer el poder de la clase obrera. Sin embargo, como he aclarado anteriormente, esto no es lo mismo que implantar una economía socialista. Se trata simplemente de la creación de un marco político que establezca el dominio de la clase obrera y abra la posibilidad de una transformación económica. La lucha de clases no concluye, sino que simplemente entra en una nueva etapa, en la que la lucha de clases adopta el carácter de la abolición de las propias clases a través de la transformación de las relaciones de producción. El programa de mínimos corresponde a la primera etapa de este proceso, el programa de máximos a la segunda. Salvo que creamos que la propia revolución consistirá en sí misma en la creación de relaciones de producción comunistas, una propuesta realizada por varios ultraizquierdistas como el poco conocido panfletista francés Gilles Dauvé,¹¹ la separación entre mínimos y máximos no es arbitraria, sino más bien una clarificación del propio proceso revolucionario.

En última instancia, el enfoque de Flakin se reduce a fraseología revolucionaria, solo que con consignas más radicales que las que Guesde se vio obligado a utilizar en el *Programa del Partido Obrero*. La clase obrera no necesita a radicales que le digan que ocupe apartamentos de lujo con la esperanza de que se de cuenta de la necesidad del socialis-

10 Esto se explica de forma magistral en el folleto de Kautsky *La revolución social*.

11 Cf. Dauvé, G. (1974), *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Black and Red para una exposición de esta perspectiva.

Donald Parkinson

mo. Lo que necesita es una visión de qué cambios son necesarios para romper con el dominio político de la burguesía y un partido que pueda luchar por estos cambios en el campo de la política de masas y le proporcione la base organizativa de una nueva soberanía proletaria. No hay sustituto alguno que valga para la construcción de este partido, ni siquiera mediante la movilización de los trabajadores en acciones de masas. Ciertamente, los trotskistas modernos de *Left Voice* no se oponen a construir un partido obrero, pero su hombre de paja de «varias décadas en las que el movimiento socialista pueda extraerle concesiones políticas y económicas a la burguesía» parece un rechazo de los años de lucha y educación pacientes que se necesitarán para formar un partido de esta índole que tenga legitimidad para gobernar.

Un programa de mínimos y máximos para hoy en día

El formato de mínimos y máximos del *Programa del Partido Obrero* de Marx y Guesde se adapta perfectamente a esta tarea. Sitúa en primer plano los cambios políticos necesarios para que la clase obrera ostente el poder, lo que nos permite construir una mayoría consciente de aquello por lo que lucha. No promete atajos para alcanzar el poder ni ofrece falsas esperanzas de que si las masas se movilizan con consignas radicales se creará una potencial situación revolucionaria. Deja claro que la revolución es la implantación de la república democrática obrera, que abre el camino para la reconstrucción económica de la sociedad siguiendo principios socialistas, y que la toma del poder por parte del proletariado solo es el comienzo de una nueva etapa de la lucha de clases, y no un salto inmediato a la sociedad comunista. Saca a la luz la aún relevante lucha por la democracia, y excluye la fraseología revolucionaria y los llamamientos vacíos a la acción. La claridad y la transparencia deben ser el sello distintivo de toda la agitación y toda la educación de nuestro movimiento, y el formato de mínimos y máximos es el que mejor se adapta a estos ideales.

Sin embargo, el formato de mínimos y máximos es simplemente eso: un formato. No podemos tomar programas fosilizados en el tiempo y hacer copiapaga en nuestra propia situación política. Los programas políticos deben basarse tanto en la experiencia y teoría acumuladas de

El programa de mínimos y máximos revolucionario

nuestro movimiento histórico como en una profunda comprensión de la situación política actual. Al desarrollar un programa de este tipo hoy en día, un movimiento socialista aspirante debería elaborar reivindicaciones que apelen a las necesidades actuales de los trabajadores y a sus luchas existentes. Pero también debería incluir reivindicaciones que tal vez no sean populares de inmediato, pero que son «correctas» en el sentido de que son medidas necesarias para que la clase obrera tome el poder. El objetivo de un programa no debe ser simplemente dar expresión a las exigencias populares de las masas, sino también inyectarle exigencias revolucionarias a la política de masas. A menudo, las reivindicaciones entrarán en contradicción con la conciencia popular predominante, y esto es de esperar; el programa debe ser una herramienta educativa que explique los pasos necesarios para lograr una transformación socialista genuina.

Tomemos como ejemplo la cuestión de la policía. En Estados Unidos, la conciencia popular se encuentra muy dividida hoy en día en lo que respecta a la cuestión de la policía; algunas encuestas afirman que el 67 % de los estadounidenses se oponen a la abolición o la eliminación de la policía, mientras que el 43 % de los estadounidenses está a favor de transferir fondos de los presupuestos de la policía a otros servicios sociales. Para abordar esta cuestión de forma programática, no podemos caer en la trampa de seguir las encuestas de opinión, ni podemos simplemente adoptar consignas del movimiento popular sin más consideración. Un programa marxista adecuado clarificaría las tareas de la revolución proletaria en lo que respecta a la cuestión de la aplicación de la ley, lo que clásicamente ha significado la abolición de las actuales fuerzas armadas en favor del armamento de la clase obrera a mediante la organización de una milicia popular. Los marxistas hemos adoptado esta reivindicación porque reconocemos que, si la clase obrera quiere realmente ejercer el poder estatal a través de sus propias instituciones, debe aplastar destruir el aparato represivo del Estado burgués en lugar de esperar utilizarlo como un instrumento. El simple hecho de adoptar la consigna de la abolición de la policía como una reivindicación transicional, con la esperanza de que movilice a las masas hacia un curso de colisión con el capitalismo cuando se den cuenta de la necesidad de abolirlo para lograr este objetivo, no proporciona la claridad que debe proporcionar un programa. Tampoco basta con limitarse a pedir la re-

Donald Parkinson

tirada de fondos a la policía en favor de los servicios sociales; aunque pueda ser más aceptable según la opinión popular actual, no explica las tareas necesarias que debe llevar a cabo la clase obrera una vez llegue al poder.

Esto se aplica a las cuestiones relacionadas con la democratización del Estado y de la constitución. La lealtad a la Constitución de los Estados Unidos es un elemento permanente de la política estadounidense, pero un programa político adecuado en este país exigiría, a pesar de todo, su abolición y la redacción de una constitución explícitamente socialista como base de una nueva república democrática. Abordaría la necesidad de reparaciones para el desarrollo y de la autodeterminación de las neocolonias internas. Su sección económica exponería la socialización básica de los altos mandos de la economía, así como la necesidad de cambios radicales en las infraestructuras y en la planificación urbana. Aboliría el régimen de legislación laboral actual e instauraría un nuevo régimen laboral basado en la iniciativa de los trabajadores en los lugares de trabajo. Al negarse a aceptar únicamente reivindicaciones que ya son populares (como sucede con la milicia popular) y, por lo tanto, ganables a corto plazo, el partido se ve obligado a luchar en defensa de sus creencias entre las masas y a explicar la necesidad de la revolución en lugar de una mera reforma.

Al hacer que la sección de mínimos del programa sea una descripción de las tareas básicas que la clase obrera debe realizar si quiere tomar el poder, nuestro movimiento es capaz de insertar estas cuestiones básicas de cambio institucional en nuestra agitación básica. Esto siempre será preferible a un enfoque que se limite a hacerse eco de las exigencias reformistas o a hacer llamamientos a acciones militantes que caigan en saco roto. Nuestro movimiento le puede decir al público con honestidad y seriedad las transformaciones políticas y económicas que esperamos llevar a cabo al llegar al poder y puede articular el objetivo a largo plazo de la emancipación humana hacia el que nos deben conducir. El programa de mínimos y máximos, en el espíritu del Programa del Partido Obrero, no es una lista de deseos para el Estado capitalista, sino que es una hoja de ruta para la construcción de un movimiento obrero revolucionario consciente de por lo que lucha y seguro de sus objetivos políticos. Y para que ese programa sea algo más que una fantasía, debemos luchar por la unidad de la izquierda marxista y

El programa de mínimos y máximos revolucionario

anunciarles las buenas nuevas del socialismo a las masas obreras que aún no se hayan activado políticamente.

Del partido obrero a la república obrera

Donald Parkinson

Publicado originalmente en *Cosmonaut Magazine*

Este artículo pretende ser una contribución a los amplios debates que están teniendo lugar en la izquierda en torno a la cuestión del partido y la estrategia revolucionaria, sobre todo en Estados Unidos. La reivindicación de un «partido obrero» no es una posición única en el izquierdismo estadounidense. Sin embargo, lo que esto significa en realidad es otra cuestión muy distinta, ya que gran parte de la extrema izquierda se aferra a una estrategia de presionar a los demócratas como alternativa suficiente. Mi objetivo aquí no es convencer a quienes no han comprendido lo obvio: que se necesita un partido y una participación en la política de masas independiente de los demócratas si queremos alcanzar cualquier objetivo político radical. En la historia reciente de la izquierda, tal vez fuera controvertido argumentar que el objetivo de la izquierda debía ser un nuevo partido obrero revolucionario, ya que prevalecían ideas como el «horizontalismo» o «cambiar el mundo sin tomar el poder». En la difusa izquierda activista de la época de las protestas Occupy, reinaba una especie de sentido común anarquista según el cual los partidos y el poder estatal eran intrínsecamente opresivos. Ahora está claro para más gente que para cambiar el mundo hay que participar en la política de masas, y que, para ello, debemos organizarnos en torno a una visión de cambio o programa. Esto requiere formar un partido, una organización de personas que compartan colectivamente un compromiso con un programa. Sin embargo, el tipo de partido por el que luchamos es objeto de un intenso debate, tanto en lo que respecta a su forma como a su orientación estratégica general. Para desarrollar un auténtico Partido Comunista, necesitaremos una visión positiva de aquello por lo que trabajamos. Mi objetivo en este artículo es ayudar a desarrollar esa visión positiva. Comenzaré con una visión histórica general de la cuestión del partido, luego criticaré el leninismo moderno, articularé cómo podría ser una visión alternativa de un partido y una estrategia, consideraré la cuestión de si la revolución es

Del partido obrero a la república obrera

necesaria y lo que implica, y especularé sobre cómo podría ser una futura república obrera que ponga a la clase trabajadora en el poder (y en el camino hacia el comunismo).

Además de la suposición general de la necesidad de un partido, mis argumentos se basarán en otra suposición general, que es que necesitamos formar un partido comunista en lugar de un simple partido laborista. Algunos pueden insistir inmediatamente en que no hay diferencia, y que los comunistas nunca están separados de ningún partido general de la clase trabajadora. Sin embargo, un partido puede tener una base obrera y solo luchar por los intereses de la clase obrera nacional dentro del Estado como una especie de grupo corporativo cuyos intereses pueden equilibrarse con las necesidades de toda la nación. Un partido laborista que se limite a luchar por una legislación dentro de los límites de la nación no es un partido que luche por los intereses a largo plazo reales de la clase obrera, que son su unión a escala mundial. De hecho, estos partidos, debido a su carácter nacional, deben ayudar a mantener la competitividad de ese Estado-nación en un mercado capitalista mundial. Esto significa que el partido solo puede llegar hasta cierto punto, incluso a la hora de beneficiar a su base obrera. También sirve para dividir a la clase obrera según criterios nacionales. Siguiendo estos criterios, estos partidos laboristas pueden categorizarse como «partidos laboristas burgueses». Luchan por los intereses de los trabajadores dentro de los confines del orden burgués, aunque a veces entran en contradicción. Al final, el objetivo de las burocracias de los «partidos laboristas burgueses» es ganarse la lealtad de las bases y suavizar estas contradicciones, a menudo mediante apelaciones al nacionalismo y los proyectos imperialistas.

Algunos grupos izquierdistas argumentarán que primero debemos hacer agitación a favor de un partido de este tipo y luego formar fracciones dentro de él para que los comunistas puedan hacer entrismo con el fin de transformar el partido en un vehículo para la revolución. Este enfoque debe ser rechazado de pleno. Los comunistas deben organizar el tipo de partido que necesitamos, que no es un partido laborista burgués que luche por los intereses inmediatos de una sección nacional de la clase, sino por los intereses a largo plazo del proletariado mundial. Esto significa un partido organizado en torno a un programa por una república obrera mundial y el objetivo a largo plazo del comunismo.

Donald Parkinson

Un partido comunista no puede ser simplemente un partido laborista con una bandera roja, sino que debe hacer agitación directamente por el comunismo y el internacionalismo, luchar contra toda forma de opresión, y rechazar ocultar sus opiniones y propósitos. No debe limitarse a sentarse en la mesa de negociación como un representante de buena fe de la clase, sino actuar como un partido de oposición que no esté obligado a la lealtad hacia el Estado de derecho y la constitución burgueses. Antes de seguir describiendo el partido comunista ideal, veremos la historia de la Primera, Segunda y Tercera Internacional que representaron al movimiento comunista mundial en su apogeo.

De la Liga Comunista a la Comintern

Para empezar, comenzaremos con Marx y Engels sobre la cuestión del partido y seguiremos el desarrollo del pensamiento marxista a través de la Segunda y Tercera Internacional. Las opiniones de Marx y Engels sobre el Estado y la política cambiaron y se desarrollaron a lo largo del tiempo, al igual que lo hicieron sus opiniones sobre cuestiones como el colonialismo y la historiografía. La cuestión de la organización revolucionaria no fue una excepción.

Marx no fue el primer comunista y se integró en un movimiento de revolucionarios ya existente que abarcaba a neojacobinos republicanos radicales, socialistas conspiradores que pretendían seguir la tradición de Babeuf, «socialistas verdaderos», cartistas y mutualistas proudhonianos. La organización que se convirtió en la Liga Comunista, la Liga de los Justos, era similar a las sociedades secretas de la tradición de la Conspiración de los Iguales de Babeuf y estaba dominada políticamente por el «verdadero socialismo» de Weitling. Por supuesto, Marx y Engels renovarían la Liga, infundiéndole su concepción materialista de la historia y su estrategia política orientada en torno a la lucha de clases. Sin embargo, la Liga Comunista aún conservaba la apariencia de una organización comunista arraigada en una tradición que existía desde antes de que Marx y Engels desarrollaran una visión concreta del partido.

Tras la experiencia de la Liga Comunista, Marx se centró en sus propios estudios antes de unirse a otra iniciativa para crear un partido.

Del partido obrero a la república obrera

Marx, en una carta de 1860 al poeta Ferdinand Freiligrath, describió a la Liga Comunista como un partido solo en «sentido efímero» y la comparó con la Sociedad de las Familias blanquista.¹ De ello se desprende claramente que Marx había desarrollado una crítica de la Liga Comunista original y creía que su aparato organizativo era adecuado para una periodo anterior y menos maduro de la lucha de clases. Una pequeña minoría militante que actuó en un levantamiento de masas, la Revolución de 1848, había demostrado ser insuficiente para las necesidades del proletariado. Esta crítica de su antigua organización puede considerarse influyente para su carrera política posterior.

Marx, inspirado por su participación en la Primera Internacional, desarrollaría su propia comprensión del partido como una especie de asociación obrera de masas unida en torno a un programa de mínimos de independencia de la clase obrera. Con ello, Marx no quería decir que solo pudieran afiliarse trabajadores asalariados o que el programa solo beneficiaría a los trabajadores asalariados, sino que todos los miembros se disciplinaban en torno a un programa que expresaba los intereses generales de la clase obrera en oposición a los intereses de otras clases. Para Marx, esto implicaba la abolición del sistema salarial, lo que traería consigo la emancipación de «toda la humanidad». No era un partido de «todo el pueblo», como proclamaban los partidos burgueses, sino un partido de oposición arraigado en la fuerza combinada de la clase obrera organizada.

La unión de los trabajadores de distintos países culminaron en la Primera Internacional y podía considerarse como un frente único general de diferentes tendencias del movimiento obrero. Había fracciones públicas que debatían abiertamente sus puntos de vista y aspiraban a obtener victorias políticas a través de la democracia mayoritaria. Marx reconoció que su propia tendencia no era dominante, ya que se enfrentaba a la oposición de los seguidores de Lassalle, Proudhon, Bakunin y muchos otros. Sin embargo, en general, no había una sola «ideología» o escuela de pensamiento que dominara la Internacional, más allá de las virtudes republicanas básicas. Más bien, el partido estaba unido en torno a un programa fundacional, y su centralismo se

1 Marik, S. (2018), *Revolutionary Democracy. Emancipation in Classical Marxism*, Haymarket Books, p. 68.

Donald Parkinson

basaba en el programa del partido. Esto era algo en lo que la Primera Internacional había trabajado, en oposición a un programa que se impusiera a los miembros. Sería a través de la deliberación democrática como se encontraría la unidad, incluso si Marx no tenía duda de que sus opiniones debían ser aplicadas por el partido (como hace cualquier partidario político).

Esta forma de partido influiría a la Segunda Internacional después de que la Primera Internacional colapsase por los debates entre los seguidores de Marx y los de Bakunin. Como la Primera Internacional, la Segunda Internacional era una federación de partidos nacionales con sus propios programas, sujetos a las normas establecidas en el congreso general. Sin embargo, el nivel de centralismo era bajo a nivel internacional. Políticamente, la Segunda Internacional se basaba en un compromiso entre los «socialistas de Estado» lassalleanos y los marxistas ortodoxos. La corriente lassalleana creía en usar las elecciones burguesas para obtener financiación para las cooperativas obreras y los talleres estatales, respaldando una forma de socialismo que, a diferencia del marxismo, aceptaba directamente el Estado capitalista. En 1881, Karl Kautsky, que se convertiría en el principal teórico de la ortodoxia marxista, denunciaría el «socialismo de Estado» de los lassalleanos como «... socialismo por el Estado y para el Estado. Es socialismo por el gobierno y para el gobierno. Es, por tanto, socialismo por las clases dominantes y para las clases dominantes».² Para que el marxismo se consolidase en el movimiento socialdemócrata, sus adeptos tenían que ganar la lucha política contra otras corrientes del socialismo. Así acabo sucediendo.

En 1891, el partido más grande de la Internacional, el SPD alemán, redactaría el clásico *Programa de Erfurt* bajo la guía teórica de Kautsky, lo que simbolizó el logro del dominio marxista sobre el partido. Esto no quería decir que toda la Internacional adoptase la línea marxista «ortodoxa», ya que aún existían fracciones disidentes. El ejemplo clásico es el de los revisionistas de Bernstein, que se oponían a la revolución y defendían una reforma evolutiva para transformar el Estado capitalista en socialista. Bernstein también era procolonialista y, aunque la Segunda Internacional apenas se extendió más allá del eurocen-

2 Kautsky, K. (1881), «Der Staatssozialismus», *Der Sozialdemokrat*.

trismo en la práctica, en teoría era un partido mayoritariamente anti-colonialista. Hasta 1914, las opiniones de Bernstein representaban una minoría. Aunque los anarquistas habían sido expulsados del partido, el SPD dio cabida a estas tendencias revisionistas. Si bien la Segunda Internacional representaba una continuidad con la Primera Internacional en su diversidad de tendencias, estaba relativamente más consolidada políticamente, aunque seguía conservando fracciones muy divergentes. La tensión con los «revisionistas» en la Segunda Internacional queda ilustrada por el llamamiento de Rosa Luxemburg a la expulsión del ala revisionista en 1898. Esta medida no tuvo éxito, ya que Kautsky y Bebel defendieron su derecho como tendencia minoritaria. La necesidad de una mayor unidad política en torno al programa se consideró superior a estas diferencias ideológicas, a pesar del escrutinio y la crítica intensos de Kautsky al ala revisionista.³

La estrategia general de la Segunda Internacional, esbozada por Kautsky en su clásico *El camino del poder*, se puede resumir como una «estrategia de desgaste» o «paciencia revolucionaria». Esta estrategia se basaba en cierta medida en argumentos esgrimidos por Engels ante Wilhelm Liebknecht, según los cuales el partido «no [debía, *N. del T.*] desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo».⁴ En otras palabras, hay que construir un ejército antes de entrar en batalla. Según Kautsky, el partido crecería cada vez más gracias al éxito en el trabajo electoral y sindical, así como a través de su «cultura alternativa», que llegó a incluir escuelas del partido, clubs de senderismo, grupos de ciclismo, un club de remo, coros socialistas, asociaciones de mujeres y organizaciones de apoyo mutuo, junto con una variedad de publicaciones del partido. Las elecciones no solo mostrarían el éxito del partido a la hora de ganarse al público en general, sino que también movilizarían a la clase trabajadora en campañas políticas para desarrollar su conciencia de clase. El partido también encabezó el movimiento sin-

3 Steger, M. B. (1997), *The Quest for Evolutionary Socialism: Eduard Bernstein and Social Democracy*, Cambridge University Press, p. 84.

4 Engels, F. (1895), *Introduction to Karl Marx's Class Struggle in France, 1848-1850*. Cita extraída de la siguiente traducción al español: Engels, F. (1895), *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Fundación Federico Engels, p. 37.

Donald Parkinson

dical, ayudando a transformar el movimiento sindical de organizaciones gremiales con intereses sectoriales en un movimiento sindicalista unificado.⁵ En general, a medida que se desarrollaba la crisis del capitalismo, las filas del partido crecerían hasta que las contradicciones del capitalismo acabasen conduciendo a un momento de crisis en el que el partido podría tomar el poder e instaurar una república obrera. El partido debe tener cuidado de no precipitarse en la insurrección ni de provocar la represión del enemigo de clase; el recuerdo de las leyes antisocialistas de Bismarck no se había olvidado. Esto significaba que el partido no debía limitarse a luchar por mejoras económicas sino también por los derechos democráticos. Se consideraba que estas luchas educaban a la clase obrera en el arte de la política y la preparaban para convertirse en el cuerpo capaz de gobernar la sociedad. Aunque no todos los partidos de la Segunda Internacional mantuvieron este principio, el SPD alemán se negó a entrar en alianzas electorales en gobiernos de coalición con los partidos burgueses o enviar ministros al gobierno ejecutivo. El proletariado solo podía tomar el poder en sus propios términos cuando contara con el apoyo de las masas y el capitalismo estuviera en colapso.

Esta estrategia general sigue teniendo mucho mérito, pero ha sido rechazada en su totalidad por los marxistas revolucionarios, que prefieren el modelo de la Tercera Internacional (o Comintern), que descarta el modelo de la Segunda Internacional por considerarlo totalmente reformista. Hay un buen motivo para ello: la estrategia falló en última instancia, ya que los partidos de la Segunda Internacional desarrollaron tendencias nacionalistas. Cuando surgió el momento de crisis de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los partidos se convirtieron en partidarios de su propia nación en lugar de su clase. El internacionalismo era fácil de proclamar, pero cuando llegaron los momentos difíciles no fue fácil practicarlo. Por supuesto, esto llevó a la salida de los radicales de la Segunda Internacional y, tras la Revolución Bolchevique, a la creación de una Tercera Internacional Comunista. La socialdemocra-

5 Cf. el capítulo 3 de Steenson, G. P. (1981), *Not One Man, Not One Penny: German Social Democracy 1863-1914*, University of Pittsburgh Press para encontrar detalles sobre la relación de la reforma del movimiento sindical con el SPD.

Del partido obrero a la república obrera

cia se había dividido en socialdemócratas reformistas y comunistas revolucionarios propiamente dichos, y la Internacional Comunista, o Comintern, tenía como objetivo consolidar a todos los comunistas revolucionarios en un único partido mundial. La Comintern fue un intento de reemplazar a la decrepita Segunda Internacional con una organización marxista verdaderamente revolucionaria, compuesta inicialmente por veteranos de los antiguos partidos de la Segunda Internacional y minorías de trabajadores recién radicalizados, a menudo recién salidos de las trincheras. Se formó a partir de la observación de que el capitalismo global había entrado en un periodo de «guerras y revoluciones» en el que el propio capitalismo estaba en declive y el proletariado revolucionario en ascenso. En cierto modo, la Comintern inicial se consideraba a sí misma como el «Estado Mayor» del proletariado mundial, con cada sección nacional actuando como un batallón que sería enviado a la batalla en una guerra civil mundial contra el capitalismo. Muchos trabajadores se unieron a los primeros partidos de la Comintern con el deseo de desplegarse inmediatamente en el frente de esta batalla.⁶

La Comintern se fundó no solo partiendo de la premisa de que el periodo de «guerras y revoluciones» exigía un cambio de estrategia política, sino también de que era necesaria una ruptura radical con todos los aspectos de la Segunda Internacional. Esto se basaba en la observación acertada de que la política de la Segunda Internacional se materializó en una distorsión de derechas que llevó al desastre de 1914. La Tercera Internacional introdujo una estructura más centralizada y exigía a sus partidos que se purgaran de influencias reformistas. La idea era hacer imposible que alguien como Ebert o Schneiderman (líderes del SPD que entrarían en el gobierno y participarían en el aplastamiento del levantamiento espartaquista comunista) ganara el liderazgo del partido. Esta estructura centralizada se asemejaba a una cadena de mando militar, lo que reflejaba la opinión de que los partidos pronto se verían envueltos en una guerra civil armada. También reflejaba cambios en el propio Partido Bolchevique, de una organización de ma-

6 Cf. Broue, P. (1973), *The German Revolution, 1917-1923*, Haymarket Books, y su descripción de los inicios del KPD o Draper, T. (1957), *The Roots of American Communism*, Viking Press, que describe la política inmedatista de las primeras formaciones del CPUSA.

sas más democrática aun partido militarizado de guerra. Para muchos trabajadores e intelectuales radicalizados, Octubre había señalado los últimos días del capitalismo. La tarea de los trabajadores del mundo era unirse y terminar lo que los bolcheviques habían comenzado. La depuración del partido se consideraba una herramienta para fortalecer sus filas y mantener la pureza ante la influencia de los reformistas. Esta política resultaba atractiva debido a la traición de la socialdemocracia, que una vez más había ayudado a la burguesía a derramar sangre proletaria a través de su papel en la represión de la Liga Espartaco, así como por su apoyo al gobierno provisional de Kerenski en Rusia, que había continuado una guerra ofensiva en Alemania. En su segundo congreso, la Comintern estableció una lista no negociable de 21 condiciones políticas que sus partidos debían cumplir. Como cualquier programa, estas 21 condiciones eran una forma de establecer los requisitos para la afiliación al partido. Esto creó divisiones políticas con los socialistas reformistas en torno a una multitud de cuestiones. De entre ellas, el imperialismo era clave, una cuña que separaba a los auténticos comunistas de los socialchovinistas.

La Comintern hizo un esfuerzo deliberado por superar el eurocentrismo de las internacionales anteriores, intentando formar partidos en todo el mundo. El anticolonialismo se convirtió en una prioridad, como se reflejó en la Conferencia de Bakú, en la que Zinóviev llamó a los revolucionarios del mundo colonial a unirse a la revolución mundial. Solo por estas razones, la Tercera Internacional supuso una mejora con respecto a la Segunda. Los marxistas avanzaron hacia un universalismo verdaderamente internacionalista que consideraba que todo el mundo tenía capacidad de acción en el proceso revolucionario y luchó políticamente contra el chovinismo interno europeo. Citando a Zinóviev en su debate con Mártov en la Conferencia de Halle (en respuesta a las burlas de Mártov sobre los esfuerzos bolcheviques por ganarse a los revolucionarios del tercer mundo en la Conferencia de Bakú), «la Segunda Internacional se limitaba a las personas de piel blanca. La Tercera Internacional no clasifica a las personas en función del color de su piel».⁷ Si la Comintern adoptó o no el enfoque programático correcto es otro

⁷ Lewis, B. y Lih, L. T. (2011), *Martov and Zinoviev: Head to Head at Halle*, November Publications, p. 137.

debate importante. Aunque con una mayor centralización y un intento serio de existir a escala internacional, la Comintern era un auténtico «partido mundial» en mayor grado. Se trataba de una corrección vital de las desviaciones nacionalistas de la Segunda Internacional. Mientras que ellos planeaban que el proletariado tomara el poder en un país tras otro, la Comintern se propuso aceptadamente unir al proletariado en una revolución mundial. Lo que entonces no estaba claro era cuanto se prolongaría la lucha por una revolución mundial.

Mientras que la Segunda Internacional cometió desviaciones derechistas, podría decirse que la Comintern temprana cometió distorsiones «ultraizquierdistas», retrocediendo en cierto modo a la estrategia de la Liga Comunista de una minoría militante que actuaba en un levantamiento de masas semiespontáneo. Si la Segunda Internacional tenía una «estrategia de paciencia», la Tercera se vio afectada por una especie de impaciencia revolucionaria, actuando sobre la base de una suposición de una inevitable revolución mundial y una mayor fe en el poder de una minoría revolucionaria militante. Esto se debía en parte al deseo de romper con la socialdemocracia a favor de una política más insurreccional, a una minoría militante de la clase obrera que quería luchar contra el enemigo de clase lo antes posible, y una lectura errónea de la Revolución Bolchevique como una toma del poder por parte de un partido pequeño. La ruptura con la táctica de la socialdemocracia tuvo la ventaja de permitir la promoción de tácticas más militantes, como las huelgas de masas, y tuvo en cuenta la posibilidad de enfrentamientos violentos con la reacción capitalista antes de la toma del poder. Sin embargo, esto también llevó a una fetichización de la acción directa y la espontaneidad. Para los miembros más extremistas, como Béla Kun, el partido se concebía como una «minoría militante» que empujaría a las masas a la acción revolucionaria cuando estallaran las huelgas de masas, lo que inevitablemente lanzaría al proletariado a la lucha contra un capitalismo en decadencia. Aunque la Tercera Internacional se había mostrado más dispuesta a romper la camisa de fuerza del legalismo constitucional, sobreestimó tanto la capacidad de la «minoría militante» para impulsar a la clase obrera a la acción mediante la intervención en oleadas de huelgas de masas, un proceso que podría conducir a la formación de soviets capaces de ejercer autoridad política y ser liderados por los partidos de la Comintern hacia el comunismo.

Donald Parkinson

Esta táctica tenía un gran problema: la mayoría de la clase trabajadora no estaba alineada con la Comintern y seguía siendo leal al SPD. La cuestión del liderazgo del movimiento obrero aún no se había abordado seriamente y se subestimaba la hegemonía de la socialdemocracia. En sus primeros cuatro congresos, la Comintern fue tomando cada vez más conciencia de este hecho e intentó desarrollar una estrategia para ganarse a la clase obrera frente a la socialdemocracia. El libro de Lenin, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, se puede ver como una polémica contra las tendencias de la Comintern que pretendían lanzarse a la batalla sin ganarse el liderazgo del movimiento obrero, y un recordatorio implícito de que ciertas tácticas de la Segunda Internacional seguían siendo útiles. Muchos de los «izquierdistas» contra los que Lenin discutía, como Herman Gorter y Anton Pannekoek, afirmaban que la situación histórica había cambiado y que ahora era necesario abstenerse de participar en las elecciones y romper con los sindicatos en favor de las organizaciones de fábrica. Consideraban que esas tácticas eran un vestigio de una fase anterior del movimiento obrero que había quedado obsoleta debido a las tácticas de las huelgas de masas, e incluso resultaba perjudicial. Algunos «izquierdistas» estaban a favor de un «partido de vanguardia» minoritario que guiaría la lucha espontánea de los consejos obreros, mientras que otros como Otto Rühle se oponían por completo a la organización en partidos. Sin embargo, al hacer estas audaces afirmaciones sobre tácticas y los periodos históricos a los que pertenecían, los izquierdistas fueron incapaces de adaptarse a situaciones cambiantes. Una sólida formación teórica y la capacidad de ver más allá del oportunismo de los reformistas no eran suficientes sin un agudo sentido de la política. Organizarse para la revolución requiere flexibilidad táctica: el proletariado debe usar todas las tácticas posible para ganar. Para Lenin, en su refutación a los «izquierdistas», lo importante no era la táctica, sino el principio animador que las sustentaba. Lenin argumentó que ganar elecciones y el liderazgo de los sindicatos no eran tácticas intrínsecamente corrompidas por el legado de la socialdemocracia, sino más bien tácticas que debían utilizarse con fines revolucionarios y no reformistas. Si no lo hacían, simplemente cedían terreno a los reformistas. La tendencia de izquierda de la Comintern no se reflejaba simplemente en las ideas de unos pocos intelectuales idealistas perdidos en abstraccio-

Del partido obrero a la república obrera

nes y separados de la lucha de clases, sino también en la propia base. Había una fuerte desconfianza hacia los socialdemócratas y las burocracias sindicales entre las bases, y con razón. Esta desconfianza duraría hasta el ascenso de Hitler, pero la base de ambos partidos también mostraron su voluntad de unirse desde abajo. Sin embargo, mientras el SPD mantuviera la hegemonía del movimiento obrero alemán, el KPD no sería capaz de tomar el poder excepto mediante un *putsch*.

En respuesta al relativo aislamiento del movimiento obrero en general y ante el dominio de la socialdemocracia incluso después de la guerra, teóricos de la Comintern como Béla Kun idearon la «teoría de la ofensiva», según la cual la «minoría militante» comunista intentaría incitar al conflicto militante con el Estado, con el objetivo de sacudir a los trabajadores reformistas para que se quitasen sus botas mencheviques y empujarles a la acción militante contra el propio Estado junto a la vanguardia comunista. El objetivo era, como dijo Mao, ser la chispa que incendiase la pradera, empujar a la clase obrera a la acción a través de la vanguardia militante. Esta estrategia se manifestó en la Acción de Marzo del KPD, que fracasó estrepitosamente y simplemente dividió aún más el movimiento obrero. El esfuerzo del KPD por «pasar a la ofensiva» no consiguió que los trabajadores socialdemócratas se unieran a los trabajadores comunistas en contra de los deseos de sus líderes, sino que provocó que los trabajadores del KPD y del SPD se enfrentaran entre sí en las calles y que se desatara la represión estatal cuando ya se encontraban bajo la amenaza constante de las milicias de derecha. Basándose en esta experiencia, la idea de una vanguardia o minoría actuando decisivamente para empujar a las masas a una acción más radical demostró ser una estrategia ineficaz. No había atajos para ganar una mayoría revolucionaria. La Acción de Marzo fue un fracaso estrepitoso: cientos de comunistas muertos, alrededor de 6.000 detenidos y 4.000 condenados, incluyendo a líderes clave del partido como Heinrich Brandler. El número de militantes se redujo prácticamente a la mitad, con cientos de miles de trabajadores abandonando el parti-

Donald Parkinson

do, lo que redujo las filas del partido de aproximadamente 400.000 a 180.000.⁸

El fracaso de la Acción de Marzo, aunque no estaba claro para todos los comunistas, era una señal de que la Comintern tenía que desarrollar una estrategia unificada para ganarse el apoyo masivo de la clase obrera. La solución a la que llegó la Comintern fue el frente único, que fue sugerido oficialmente por primera vez por la dirección del partido en la carta abierta de Paul Levi y Karl Radek. La estrategia del frente único llamaba a la unidad de todo el movimiento obrero (incluyendo a todos los sindicatos y a los socialdemócratas) en campañas para exigir salarios más altos, ayudas por desempleo, control de precios, expropiaciones de emergencia, el desarme de las milicias de derechas y el armamento de los trabajadores, y la libertad de los presos políticos. La carta también llamaba a las organizaciones involucradas a no «ocult[ar] las diferencias que nos separan» ni «comprometerse solo verbalmente a las bases de acción propuestas».⁹ Esto significaba unidad en las campañas a favor de estas reformas, no que los partidos renunciaran al derecho a criticarse mutuamente y perdieran su independencia política. Esta carta se publicó en la prensa del KPD aproximadamente dos meses antes de la fallida Acción de Marzo, y con el desastre que condujo a la implosión del partido, el frente único ahora parecía representar claramente un enfoque estratégico superior. En el IV Congreso de la Comintern, la necesidad de ganar una mayoría obrera a través de la táctica del frente único fue reconocida oficialmente por el Comité Ejecutivo de la Comintern (cuya autoridad era vinculante para todos los partidos miembros).¹⁰

8 Wilde, F., «Building a Mass Party: Ernst Meyer and the United Front Policy». En LaPorte, N. y Hoffrogge, R. (2017), *Weimar Communism as Mass Movement 1918-1933*, Lawrence & Wishart.

9 «Open Letter to German Workers' Organisations», en Riddell, J. (ed.) (2015), *To the Masses: Proceedings of the Third Congress of the Communist International*, Brill, p. 1061-1063. Texto disponible en español como «Carta abierta de la Zentrale del VKPD», en *Nuestra Historia: revista de Historia de la FIM*, 8, pp. 109-112.

10 «Tactics of the Comintern», en Riddell, J. (ed.) (2012), *Toward the United Front, Proceedings of the Fourth Congress of the Communist International, 1922*, Brill, p. 1157.

Del partido obrero a la república obrera

La política del frente único era un llamamiento a la unidad de las organizaciones obreras para luchas específicas, en el que cada organización mantenía su independencia y el derecho a criticarse mutuamente. La política del frente único fue aplicada de forma diferente por los distintos partidos comunistas, ya que fue recibida con gran escepticismo por aquellos que se vieron obligados a adoptarla contra su voluntad. Algunos comunistas, como el teórico jefe del PCI, Amadeo Bordiga, defendían que el frente único solo debía aplicarse «desde abajo», es decir, sin acuerdos oficiales con los líderes de los partidos reformistas. Esto se contrastaba con un frente único «desde arriba», que implicaba acuerdos y alianzas a nivel político, en lugar de una simple unión entre partidos en las luchas económicas. Este deseo de establecer una distinción para evitar acuerdos con los líderes reformistas reflejaba una expresión real de hostilidad hacia la unión con los partidos socialdemócratas por parte de las bases del partido. Sin embargo, esta tendencia entre las bases no era universal, ya que los trabajadores ya habían comenzado a unirse por su cuenta, independientemente de su afiliación partidista, antes de que se impusiera formalmente la política del frente único. En última instancia, la distinción entre frentes únicos desde abajo o desde arriba era poco útil; incluso si la dirección rechazaba la cooperación, esto no haría más que demostrar que los comunistas tenían en cuenta los intereses de los trabajadores en la lucha de clases completas. El simple hecho de llegar a acuerdos con los líderes reformistas para la acción concreta no era lo mismo que una coalición política con un partido capitalista para obtener ganancias electorales fáciles a costa de sacrificar la política propia.

También es importante distinguir el frente único de la política del frente popular, que no es una alianza común de organizaciones obreras, sino más bien una alianza con el Estado burgués para restaurar el orden constitucional. La política del frente popular es un llamamiento explícito a la unidad nacional con la burguesía por una causa que supuestamente tiene más importancia que la lucha de clases. Esta política supone un sacrificio de la independencia de clase. El frente único tenía como objetivo darle a los comunistas la oportunidad de impulsar la lucha de clases más allá de los límites aceptables para los reformistas, mientras que el frente popular era una retirada a los límites del reformismo.

Un ejemplo de la política del frente único puesta a prueba se encuentra en la gran huelga ferroviaria de Alemania de febrero de 1922. La huelga fue provocada por recortes y despidos de trabajadores que estaban en la nómina del Estado, sin oposición del SPD a pesar de las protestas del sindicato de trabajadores ferroviarios conservador. Cuando se inició la huelga, los ministros del SPD en el Gobierno la prohibieron y amenazaron con tomar medidas disciplinarias. En respuesta, el KPD respaldó las reivindicaciones de los huelguistas y pidió a los líderes del Sindicato de Trabajadores Ferroviarios, la Federación Alemana de Sindicatos, el USPD y el SPD que se unieran en defensa de las necesidades económicas de los trabajadores y su derecho a la huelga. Aunque la dirección del SPD se negó a cooperar, a nivel local, los trabajadores del SPD y comunistas pudieron cooperar. Aunque el principal impulsor de la huelga fue el KPD, esta acabó sumando a 800.000 trabajadores y se convirtió en la mayor huelga de transporte de la historia de Alemania. Gracias a sus intentos por unir a todos los trabajadores y apoyar a los huelguistas, el KPD logró consolidarse como un partido más poderoso con apoyo de masas. Zinóviev incluso elogió las acciones del KPD como «un ejemplo de manual de la aplicación adecuada de la táctica del frente único».¹¹

A pesar de este éxito, la política del frente único no era perfecta. Uno de sus elementos más cuestionables era el concepto del «gobierno obrero», según el cual los comunistas formarían un gobierno de transición hacia la dictadura del proletariado mediante una coalición con los socialdemócratas. La formación del «gobierno obrero» tenía por objeto crear una crisis que acabara por poner el poder exclusivamente en manos del Partido Comunista. Esto se basaba en la suposición de que la dictadura del proletariado solo podía funcionar con un régimen de partido único, algo que se convirtió en la ortodoxia de la Comintern. Este concepto también era otro «atajo» a tomar el poder sin ganarse el apoyo de las masas, y se basaba en los votos socialdemócratas para reforzar la posición de autoridad del partido. En 1923, el intento de poner la táctica del gobierno obrero en práctica en Sajonia terminó en

11 Wilde, F., «Building a Mass Party: Ernst Meyer and the United Front Policy». En LaPorte, N. y Hoffrogge, R. (2017), *Weimar Communism as Mass Movement 1918-1933*, Lawrence & Wishart.

Del partido obrero a la república obrera

fracaso y condujo a una insurrección infructuosa que acabaría con la esperanza de una revolución en Alemania en los años siguientes. En última instancia, la esperanza de ascender al poder con la ayuda de un «gobierno obrero» era una quimera; el partido no tenía otra alternativa que ganar una mayoría relativa de la clase obrera y desplazar la hegemonía socialdemócrata sobre el movimiento obrero. Esta esperanza de que la espontaneidad llenara los vacíos dejados por la falta de un liderazgo real sobre el movimiento de clases fue la fuente de la distorsión «ultraizquierdista» de la Comintern, pero también podía expresarse en un oportunismo inconsistente.

Independientemente de la defectuosa política del «gobierno obrero», el frente único fue una táctica eficaz en general que, cuando se utilizó, permitió alcanzar los mayores niveles de crecimiento de la Comintern.¹² Se puede considerar esto como una especie de toma de conciencia por parte de la Comintern de que su esperanza inicial de formar partidos de guerra civil contra una inminente desaparición del capitalismo era errónea. Los comunistas no tenían garantizado el apoyo de las masas debido a la necesidad histórica: tenían que luchar por el apoyo político de la clase obrera. Esta comprensión contradecía la lógica de la «teoría de la ofensiva», y seguiría chocando con ella a lo largo de la historia de la Comintern, sin que el predominio de uno u otro enfoque pudiera reducirse a una determinada periodización. Por ejemplo, fue tras la exitosa fusión con la izquierda del USPD en la Conferencia de Halle cuando el KPD emprendió la suicida Acción de Marzo. La incapacidad de unirse en torno a una estrategia sólida significó que no se siguió un enfoque de coherencia y paciencia.

El resto de la historia de la Comintern es una historia triste. En el «tercer periodo», de 1928 a 1933, los partidos se alejaron por completo de sus tácticas de frente único y adoptó posiciones ultrasectarias. Esto se manifestó de manera más infame en Alemania con la renuncia del KPD a formar un frente único con el SPD contra Hitler, lo que condujo a uno de los mayores desastres de la historia cuando Hitler llegó al poder sin una lucha unida seria en su contra por parte de la clase obrera. Este «ultraizquierdismo» idiota se vería entonces igualado por el

12 Russell, J. (1976), *Stalin, Marxism-Leninism and the Left*, New England Free Press, pp. 51-52.

Donald Parkinson

igualmente fallido derecho del frente popular, por el que los partidos de la Comintern decidieron renunciar a la lucha por el socialismo con la esperanza de que las potencias coloniales del mundo los respaldaran contra el fascismo debido a sus características «democráticas». Las potencias burguesas solo se opusieron al fascismo en la medida en que amenazaba la estabilidad de sus propios imperios.

A partir de esta historia se puede juzgar que la Segunda y la Tercera Internacional fueron simplemente desastres con pocas cualidades redentoras, esencialmente una prueba de que el siglo XX demostró la imposibilidad del comunismo. Sería una tontería esperar que los primeros intentos de crear un partido comunista mundial tuvieran éxito, y, a pesar de su fracaso final, fueron la expresión organizada de la clase obrera revolucionaria en su apogeo, con todos sus defectos y heroísmo a la vista. Como comunistas, no tenemos más remedio que aprender de nuestra historia. Ignorar el movimiento comunista del siglo XX o simplemente distanciarnos semánticamente de las realidades no hace que estas desaparezcan. Mientras que la Segunda Internacional cometió principalmente errores políticos de derechas, la Tercera Internacional cometió principalmente errores políticos «ultraizquierdistas». A partir de esta observación, podemos llegar a una especie de centro, donde se pueden aprender los aspectos positivos y negativos de ambas internacionales. Esta posición general, de construir un partido de masas en torno a un programa para la revolución mediante la consolidación paciente de las fuerzas organizadas del proletariado podría describirse como «marxismo centrista» o «el centro marxista». Aunque el término «centrismo» es a menudo utilizado por los trotskistas como un término despectivo, aquí lo utilizamos en este sentido de una estrategia que significaría construir pacientemente las fuerzas del proletariado revolucionario en instituciones democráticamente organizadas, en lugar de intentar construir una «vanguardia» o «minoría militante» pequeña que intervenga en un movimiento espontáneo o provoque una revolución a través de la lucha armada. También implica un fuerte compromiso tanto con el internacionalismo como con la democracia, haciendo hincapié en la continuidad del marxismo con los principios democráticos y republicanos desarrollados en las luchas contra la aristocracia, el monarquismo y el clericalismo. La flexibilidad en la táctica debe ir acompañada de un fuerte compromiso con los principios. Se

podría decir que la estrategia del centro es una especie de pragmatismo para los medios de la revolución más que para la reforma.

Más allá del leninismo

¿Qué significaría para un partido aceptar las lecciones positivas y negativas de tanto la Segunda como la Tercera Internacional? Para empezar, significaría descartar a ambas como modelos a imitar que podamos identificar como portadoras un «hilo rojo» invariante. Ambas fracasaron, la Segunda Internacional se convirtió en un aliado del orden capitalista y la Tercera Internacional se lanzó a la locura ultraizquierdista del Tercer Periodo, al oportunista frente popular y, finalmente, a su completa disolución por Stalin. Hoy en día, gran parte de lo que se autodenomina «izquierda revolucionaria» quiere esencialmente revivir los partidos al estilo de la Comintern. Este intento de renacimiento, típicamente denominado leninismo o bolchevismo, se intentó por última vez en Estados Unidos con el Nuevo Movimiento Comunista, que poco tiene que ver con la historia real del bolchevismo de antes de la Comintern. Estas opiniones y los restos de esta oleada de formación de partidos leninistas han llegado a representar lo que se considera el leninismo dominante en Estados Unidos. Sus resultados nos dan las microsectas que tenemos hoy: el Workers' World Party, el Party for Socialism and Liberation, la Freedom Road Socialist Organization-Fight Back, así como innumerables grupos trotskistas de diversa calidad política. En esta sección en particular, cuando me refiero a los leninistas no me refiero al «leninismo de Lenin», que admiro mucho, sino al «movimiento leninista» de los intentos de formar partidos de vanguardia al estilo de la Comintern. Lo que diferencia este tipo de leninismo del marxismo ortodoxo es que ve el partido-Estado único y monolítico como el modelo para la dictadura del proletariado, la idea de un «partido de nuevo tipo» que va más allá del partido de masas por su elitismo selectivo, la centralización en torno a una línea teórica específica y una cadena de mando militarista que no es realmente democrática ni centralista, sino más bien burocrática y autocrática.

Los leninistas sostienen que la innovación clave de su «partido de nuevo tipo» fue el centralismo democrático. El centralismo democrático

co, definido de la manera más simple, es la fórmula difícilmente discutible de la deliberación democrática combinada con la unidad en la acción. Según esta definición, el centralismo democrático también fue practicado por la Segunda Internacional. Cualquier toma de decisiones democrática requiere centralismo porque la voluntad de la mayoría debe imponerse a la minoría. El SPD, por ejemplo, votaba en bloque en el parlamento y aplicaba el centralismo en el partido, pero internamente no era una organización federalista (como otros partidos de la Segunda Internacional) a pesar de los deseos de su ala derecha.¹³ Lo que diferenciaba al «partido leninista de nuevo tipo» no era el centralismo democrático. Más que un simple centralismo, los partidos de la Comintern tenían una forma de «monolitismo», por usar la expresión de Fernando Claudín.¹⁴ En otras palabras, los partidos de la Comintern enfatizaban el centralismo por encima de la democracia o, a menudo, simplemente ignoraban por completo las normas democráticas. Si bien esto no estaba ausente en la Segunda Internacional, la Tercera nación como una especie de organización militarizada de guerra civil más que como un partido político en el sentido de una asociación obrera de masas tal y como la concebía Marx. Aunque esto podía estar justificado en una época en la que se planteaba una verdadera guerra civil mundial contra el capitalismo, ahora no es así: no vivimos en la misma época de «guerras y revoluciones» que vivieron los líderes de la Comintern. Cuando los leninistas modernos afirman que el secreto del éxito de sus partidos es el centralismo democrático, suelen referirse a un grupo excesivamente burocratizado que impone una gran carga de trabajo a los miembros individuales para que sean más «disciplinados», y a una falta de democracia real en favor de una estructura de partido más militarizada. Se prohíben las fracciones, se impone desde arriba el centralismo ideológico (en lugar del centralismo programático) y los grupos pretenden crear cuadros «de élite» que sigan las luchas de masas existentes, con la esperanza de aprovecharlas para reclutar miembros. El mode-

13 Cf. Schorske, C. (1955), *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*, Harvard University Press.

14 Claudín, F. (1975), *The Communist Movement: From Comintern to Cominform, Part One: The Crisis of the Communist International*, Monthly Review Press, pp. 103-125 contiene una crítica al monolitismo de la Comintern.

Del partido obrero a la república obrera

lo de la Comintern es simplemente una receta para el fracaso en las condiciones actuales, otra guía más para construir otra secta que competirá por la última tanda de reclutas. El estado actual del leninismo contemporáneo en Estados Unidos es un ejemplo de cómo funciona esto en la práctica.

Tomemos como ejemplos el PSL, la FRSO-FB y la ISO. Además de sus planes para hacerse con el control de la burocracia sindical, estas organizaciones forman esencialmente organizaciones fachada que ocultan su afiliación a cualquier tipo de objetivo comunista y buscan movilizar estudiantes en torno las últimas cuestiones liberales de justicia social y trabajar en alianza con ONGs para organizar manifestaciones de valor principalmente simbólico. A través de estas actividades, los cuadros (o la camarilla interna) de la organización leninista espera reclutar a parte de la comunidad activista liberal con el fin de ampliar su base de apoyo y ganar más influencia en estos movimientos sociales. Las propias organizaciones proclaman el centralismo democrático, pero en realidad no se permite el debate público sobre las posiciones del partido entre congresos. En los congresos, el debate es mínimo y suele estar dirigido por un comité central no elegido, compuesto por arribistas a tiempo completo. Usando sus tácticas de «minoría militante» para actuar como la «chispa que incendia la pradera» en las luchas populares, los leninistas modernos (con algunas excepciones, por supuesto) tienden a seguir estas luchas en lugar de luchar por un enfoque de conciencia de clase en las cuestiones de derechos civiles y democráticos. Una táctica que se utiliza a menudo es repartir el mayor número posible de carteles para parecer más numerosos, cuando en realidad se trata a menudo de protestas teatrales en la calle respaldadas por ONGs vinculadas a los demócratas, que implemente utilizan a los izquierdistas como tontos útiles para «acciones directas» contra los republicanos. Por lo general, la justificación de este activismo es concienciar a los liberales. En teoría, al «subirse a la ola» del activismo espontáneo, el grupo militante minoritario acumulará suficiente influencia como para lanzar una insurrección. Se trata de una esperanza ilusoria. Conduce a una participación crónica en el activismo que requiere tiempo y energía pero no construye instituciones obreras que puedan ofrecer beneficios concretos para los trabajadores a través de

Donald Parkinson

la acción colectiva. Se podría describir esta estrategia general de seguidismo a los movimientos sociales como «movimientismo».

La crítica al movimientismo se ha desarrollado en los círculos leninistas, concretamente entre los maoístas en torno al teórico J. Moufawad-Paul. Este ha escrito que el movimientismo es la «articulación ideológica de la forma de oportunismo por defecto en el centro capitalista» y un producto del anticomunismo internalizado.¹⁵ Sin embargo, la crítica maoísta de la lógica del economicismo y la derrota que alimenta el movimientismo no ofrece ninguna alternativa real más allá de la fantasía de una «guerra popular prolongada» en la que un movimiento de masas crece en el proceso de librar una violenta lucha de guerrillas contra el Estado. La alternativa maoísta realmente existente a la política del movimientismo en Estados Unidos no es mejor, ya que consiste principalmente en postureo militante y sectarismo sin sustancia política. Si bien los maoístas pueden tener razón en sus críticas a otros leninistas, su alternativa parece implicar actuar como anarquistas insurreccionalistas con banderas rojas. Tampoco se alejan del modelo de la «minoría militante», sino que lo refuerzan con llamamientos a «poner la política al mando» y alardean de su supuesta «política militar».

Aunque los grupos leninistas modernos no tienen, obviamente, ninguna conexión orgánica o significativa con la Comintern, esta sigue siendo el punto de referencia por el que se orientan estas organizaciones. Entre las organizaciones leninistas, la idea del partido como una «vanguardia» minoritaria que no depende del apoyo de la mayoría se basa en una interpretación errónea de la Revolución rusa. Al igual que los académicos burgueses, esta interpretación errónea considera que la Revolución de Octubre fue un golpe de Estado, pero la acoge con entusiasmo, creyendo que es prueba de que un partido minoritario puede hacerse con el poder si se encuentra en el lugar adecuado en el momento adecuado. Esta perspectiva se infiltró en la Comintern, a pesar de las protestas de Lenin en *La enfermedad infantil*. En lugar de comprometerse críticamente con la política elaborada en el texto, los leninistas optan por usarlo como una guía para justificar el oportunismo más descarado. La idea de que la minoría militante canalice la energía

15 Moufawad-Paul, J. (2012), «Let's Avoid Being Sucked Back into the Movementist Mire», *M-L-M Mayhem!*

Del partido obrero a la república obrera

de la acción de masas espontánea es, en esencia, lo que une tanto a la Comintern primitiva con el «movimientismo» actual, así como a los críticos maoístas del movimientismo.

Es necesario ir más allá del leninismo realmente existente. Esto no significa cuestionar a Lenin ni distanciarnos de su legado; fue uno de los marxistas y revolucionarios más importantes de todos los tiempos, y su obra y su vida están marcadas por la brillantez política. Sin embargo, hoy en día, el «leninismo» distorsiona o ignora casi por completo al partido bolchevique temprano y su relación con la Segunda Internacional y se centra simplemente en repetir la experiencia de la Comintern. Lo que necesitamos es ir más allá de un intento de sistematización de la Comintern y de Lenin en particular, y continuar con la sistematización del marxismo en su conjunto, basándonos en toda la historia de la lucha de clases. Esto es lo que hizo Lenin. Lenin no se veía a sí mismo como un «leninista» que creaba una nueva etapa del marxismo, sino como un marxista ortodoxo que aplicaba un sistema de pensamiento a sus propias condiciones. Esto no significa que debamos rechazar las contribuciones más importantes de Lenin, por ejemplo, sus opiniones sobre el derrotismo revolucionario y el imperialismo. Lo que significa es que gran parte de lo que hizo grande a Lenin ya estaba en Marx, Engels e incluso Kautsky. Significa que, al igual que Marx aprendió críticamente de los fracasos de la Liga Comunista para desarrollar su teoría del partido, nosotros debemos aprender críticamente de los fracasos de todas las internacionales pasadas, especialmente la Segunda y la Tercera (que históricamente tuvieron el mayor impacto en la política de masas).

Las lecciones negativas, es decir, lo que no hay que hacer, son las más fáciles de extraer de nuestra historia: conocemos el resultado final y podemos identificar dónde los actores tomaron decisiones erróneas. Pero las lecciones políticas, es decir, lo que hay que hacer, son más difíciles. La ortodoxia común del «leninismo» es que solo hay lecciones negativas que aprender de la experiencia de la Segunda Internacional, y que sugerir lo contrario es entregarse al reformismo. Sin embargo, la idea de un partido obrero de masas con independencia de clase y gestionado siguiendo principios democráticos sigue siendo relevante, a pesar de sus raíces fundamentales en la Primera y Segunda Internacional. La estrategia de este tipo de partidos, consistente en acumular fuerzas

Donald Parkinson

pacientemente a través de las luchas sindicales y electorales, organizar las comunidades proletarias y construir una especie de centro de poder alternativo dirigido por la clase obrera, para finalmente tomar el poder y convertirse en la clase gobernante, parece tener más sentido que cualquier esperanza en el insurreccionalismo espontáneo o en una huelga general que la izquierda pueda ofrecer como alternativa. Podemos aceptar estrategia y al mismo tiempo rechazar el socialchovinismo del SPD alemán. También podemos aceptar los avances de la Tercera Internacional, especialmente en su objetivo de construir un partido verdaderamente internacional que se oponga resueltamente al imperialismo y el Estado burgués, dispuesto a usar medios ilegales si es necesario, y cerrado a reformistas nacionalistas como un Bernstein o un Bernie Sanders. También podemos rechazar el modelo burocratizado de cadena de mando semimilitarizada adoptado por los partidos modernos inspirados por la Comintern a favor de una democracia interna sólida, que tolere las fracciones sin imponer un centralismo ideológico rígido. Como hizo la Primera Internacional, debemos aspirar a la unidad programática más que a la ideológica. Como demostró la experiencia de la Segunda Internacional, era necesario marcar unos límites y no tolerar que las opiniones reaccionarias tuvieran cabida en el partido. La futura Internacional Comunista debe desarrollar la unidad programática a través de la actividad colectiva en su conjunto, y probablemente nunca tendrá una unidad ideológica total. No obstante, deben imponerse unas normas políticas mínimas básicas. Lo ideal es que sea a través de un programa fuerte y claro como se puedan desarrollar estas normas de unidad basada en principios. Sin embargo, no se puede establecer una norma formal que impida caer en el monolitismo de la Comintern o en el oportunismo de la Segunda Internacional: también es una cuestión de debate ideológico y político.

Las fuerzas del proletariado son débiles y están divididas, por lo que se necesitará un enfoque a largo plazo para desarrollar un partido que pueda ser un vehículo de acción política independiente. Esto no se basa en ningún tipo de plan del tipo «hágase rico rápidamente», en el que el partido usa una línea de masas o reivindicaciones transicionales para atraer a la clase obrera sin realmente convencerla ni ganarsela para la política revolucionaria. Significa tener que desarrollar la fuerza organizativa real para poner a la clase obrera al mando de la sociedad. Es

esencial construir un «Estado dentro del Estado» que se oponga al orden burgués y se gane la lealtad de la mayoría de los proletarios contra el Estado capitalista. No podemos esperar que la crisis simplemente acelere el empobrecimiento de la clase obrera hasta tal punto de miseria que no le quede otra que convocar huelgas de masas para formar consejos obreros y luego intentar introducir a nuestra minoría militante en el movimiento para guiarlo por el camino correcto. Construir una alternativa real al dominio capitalista requiere, como señaló Lenin, un núcleo guiado por principios capaz de mantenerse políticamente consistente mientras utiliza todas las tácticas posibles. No se debe dejar un solo espacio abierto en la sociedad civil en el que podamos hacer agitación y educación. Es necesario un partido obrero con independencia de clase que no descuide esta lucha.

Qué clase de partido

¿Qué significa que un partido sea un «partido obrero con independencia de clase»? ¿Debe el «partido de clase» ser un partido de vanguardia o un partido de masas? Para responder a estas preguntas, primero debemos examinar el principio más abstracto de los «intereses de clase» para comprender qué se entiende por independencia de clase. Un partido obrero significa, en un lenguaje más sencillo, un partido proletario. Para Marx, el proletariado es, en general, todos aquellos en la sociedad «sin reserva», lo que significa que no poseen ninguna propiedad con la que subsistir y se ven obligados a depender del fondo general de salarios pagados por la clase capitalista propietaria de los medios de producción. El proletariado no es simplemente los trabajadores de las fábricas, sino todo el sector de la sociedad que depende del fondo salarial para subsistir, que en muchos casos no está ni siquiera contratado formalmente. El proletariado no tiene relaciones de propiedad propias que mantener. Realiza un trabajo cooperativo a escala mundial, pero mediado por la anarquía del mercado. El proletariado en general solo se puede liberar cooperando más allá de todas sus divisiones sociales y poniendo fin de forma colectiva a su separación de los medios de producción. Pero la clase propietaria burguesa tiene interés en mantener las relaciones de propiedad que le permite existir

Donald Parkinson

como clase. Por naturaleza, estas dos clases luchan en última instancia no solo por las necesidades de los trabajadores o los impulsos de los capitalistas en el día a día, sino que se disputan los propios medios de producción. Sin embargo, los intereses de clase no se derivan de la conciencia subjetiva de los miembros individuales de una clase, sino de un análisis abstracto del modo de producción capitalista. Debido a la imposibilidad de la liberación mediante el retorno a la pequeña producción mercantil, el comunismo es la única opción para la liberación del proletariado (y, además, el autoempleo de todo el proletariado a través de un retorno a la pequeña producción mercantil no es un resultado histórico deseable ni posible). Se puede decir que el proletariado, como clase, al ser la clase obligada a luchar por el comunismo, lleva consigo los intereses de la humanidad, ya que el comunismo implica la liberación de la humanidad en su conjunto. Sin embargo, solo aquellos que no tienen ningún interés real en el sistema capitalista lucharán colectivamente, como clase, para abolirlo.

Cuando hablamos de intereses de clase, no nos referimos solo a necesidades a corto plazo, como condiciones económicas mejores o la ampliación de los derechos democráticos, sino también a la necesidad a largo plazo de acabar con el trabajo asalariado y establecer el comunismo. Por independencia de clase entendemos que los intereses de clase del proletariado son independientes y exclusivos del proletariado y antagónicos a los intereses objetivos de todas las demás clases propietarias que existen en el capitalismo, por lo que se oponen a toda forma de dominio de clase. Hay una contradicción que no puede resolverse mediante ningún plan de «armonía» entre las clases propietarias (la burguesía, su élite burocrática y los propietarios) y la clase desposeída (el proletariado, que crece a medida que los pequeños propietarios se ven expulsados del negocio y la mano de obra especializada se vuelve desespecializada). La independencia de clase significa organizarse en torno a un programa político que exprese los intereses exclusivos del proletariado, que difieren de los de otras clases: la necesidad de derrocar el sistema capitalista, en el que solo el proletariado desposeído no tiene ningún interés. También significa no formar bloques electorales con partidos burgueses, ni tratar de ganarse el apoyo de la burguesía cambiando el programa de clase para restar importancia al comunismo o a la toma del poder estatal por parte de la clase asalariada. Un partido

con independencia de clase y un partido comunista significan esencialmente lo mismo, si aceptamos la teoría marxista más amplia sobre la política de los intereses de clase. Un programa con independencia de clase es, por tanto, un programa que exprese no las necesidades subjetivas de los trabajadores en un momento dado, sino el papel general del proletariado en la historia según un análisis marxista. Por supuesto, un programa debe ser más que simples palabras, sino que también debe expresar los principios que animan la actividad cotidiana del partido.

¿Un partido que hace concesiones en su programa a los pequeños propietarios pierde su conciencia de clase? Esta cuestión plantea la importancia de distinguir entre un programa de mínimos y un programa de máximos. El programa de mínimos debe ser un conjunto de medidas que, si se aplican, llevarán al proletariado al poder. Esto debe incluir la creación de un Estado-comuna, el armamento del proletariado, la disolución de la policía y el ejército, la nacionalización de los monopolios, lo que conducirá a una ruptura decisiva con el poder estatal burgués. No se trata de la abolición de la burguesía (y, por tanto, de todas las distinciones de clase), sino de su dominio político inicialmente en una determinada región (cuanto más grande, mejor). El proletariado y la burguesía siguen reproduciéndose como categorías, pero el capitalismo existe en un estado de decadencia, y la burguesía existe principalmente en la pequeña producción y la propiedad intelectual de los burócratas. Debido a su papel en la reproducción social (a menudo como especialistas o productores de bienes vitales), habrá que hacer concesiones a estas clases para que el proletariado mantenga el poder sin que se estropee la reproducción social. Por lo tanto, un programa de mínimos que haga ciertas concesiones económicas a los pequeños productores, como los dueños de negocios pequeños, no es necesariamente incompatible con los intereses del proletariado. Sin embargo, tales exigencias son incompatibles con el programa de máximos, que expresa el objetivo final del comunismo. El pleno desarrollo de una esfera socializada de reproducción social acabará por dejar las pequeñas relaciones de propiedad en el vertedero de la historia, pero esto requiere la transformación a largo plazo tanto de las fuerzas como de las relaciones de producción. Los pequeños propietarios no serán colectivizados inmediatamente por la fuerza del proletariado, como lo serán los grandes capitalistas monopolistas. Dado que los pequeños propie-

Donald Parkinson

tarios controlan pequeñas porciones de la economía, como partes de la agricultura y la tecnología, no será fácil colectivizarlos de inmediato, ya que la cooperación con estos sectores es necesaria para que la sociedad siga funcionando. Se les debe instar a formar cooperativas e integrarse en el sector socializado, pero, con el tiempo, quedarán fuera del negocio al competir con el creciente sector socializado. El proletariado no puede ceder demasiado poder económico a los pequeños propietarios sin poner en riesgo su propio poder y tener que limitar la gobernanza democrática. Se necesita un equilibrio difícil.

El programa de mínimos tampoco debería ser un conjunto de medidas que «completen la revolución democrático-burguesa», como sugieren algunos. No existe una «finalización» de la revolución burguesa en la que se destruyan todos los restos opresivos del régimen precapitalista, salvo la revolución proletaria que trasciende por completo la revolución burguesa, eliminando todas las formas de explotación y opresión de clase, incluyendo las que precedieron al capitalismo. Debe ser un conjunto de medidas que cambien la forma del Estado de tal manera que el proletariado, o la clase obrera, sea ahora la clase gobernante. Marx llamó a esa sociedad «dictadura del proletariado», pero tal vez un término contemporáneo y más viable podría ser «república obrera». En el programa de mínimos, algunos aspectos pueden ser reformas alcanzables bajo el capitalismo, pero si se aplican en su totalidad, deberían convertir el Estado burgués en una república obrera; una metamorfosis de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado.

Un programa de mínimos adecuado también evita los escollos del economicismo, no centrándose simplemente en las reivindicaciones económicas de la lucha de clases, sino también en las demandas que abordan la lucha por los derechos democráticos de las mujeres y las nacionalidades oprimidas, así como la naturaleza tiránica y antidemocrática en general del Estado. Esto significa asumir las exigencias de libertad sexual, libertad frente a la censura, derecho a poseer armas de fuego y democracia en todas las esferas de la vida. Citando a Lenin en 1890: «al sostener exclusivamente la lucha económica, la clase obrera pierde su independencia política, se convierte en un apéndice de otros partidos y traiciona el gran precepto: “La emancipación de la clase obrera

Del partido obrero a la república obrera

debe ser obra de la clase obrera misma”». ¹⁶ El partido debe ser una escuela política donde se forme a los trabajadores no para que sigan órdenes, sino para que tomen las riendas de la política y constituyan su clase como una clase que luche por la liberación de toda la humanidad. La «independencia de clase» no debe interpretarse en un sentido economicista estrecho, en el que la clase obrera luche estrictamente por cosas que beneficien únicamente a los trabajadores. Más bien, la clase obrera debe presentarse como la fuerza más militante e intransigente en estas luchas democráticas, llevándolas a dar la mayor perspectiva comunista posible.

El propio partido obrero debería ser una prefiguración de la república obrera, en el sentido de su gobernanza interna. Esto significa que debería practicar una forma de democracia distinta y más allá de la democracia del liberalismo. Esto implica experimentar, investigar nuevas formas de toma de decisiones y ver qué funciona. El partido debería estar organizado económicamente (ya que todos los partidos son empresas) sobre una base cooperativa, sin salarios que permitan el arribismo. El Comité Central debería ser elegido directamente por los miembros y puede ser revocado. El debate abierto y la tolerancia de las fracciones, en lugar de la imposición de un monolitismo ideológico, son fundamentales si el partido desea demostrar a la clase que el comunismo, y no el capitalismo, es la sociedad verdaderamente libre.

El partido es un partido obrero porque está organizado en los distritos obreros, hace campaña electoral principalmente en estos distritos y construye organizaciones obreras de todo tipo, como sindicatos de vivienda y grupos de apoyo mutuo, en estas comunidades. El partido debe presentarse como una alternativa completa a los partidos burgueses existentes, pero igual de seria. La mayoría del proletariado ni siquiera vota, como señaló el blog *Cold and Dark Stars*, lo que significa que un partido de la clase trabajadora tendría que aprovechar la decepción de la mayoría de la población con la política existente y ofrecer una política alternativa convincente que hable a su profundo sentido de

16 Lenin, V. I. (1890), «Las Tareas Urgentes de Nuestro Movimiento». En Lenin, V. I. (1964), *Lenin Collected Works*, tomo I, Progress Publishers, pp. 366-371. Traducción al español disponible en Lenin, V. I. (1961), *Obras Escogidas*, tomo I, Editorial Progreso, pp. 61-64.

solidaridad humana para construir una cultura de lucha de clases. Se necesita una forma de «electoralismo insurgente», que no solo tenga como objetivo capturar gradualmente la maquinaria estatal capitalista preexistente para el proletariado, sino también utilizar la campaña electoral como una herramienta de propaganda despiadada contra los partidos burgueses, para ayudar a deslegitimar el Estado burgués y legitimar la política comunista. No ganaremos simplemente actuando como políticos profesionales y complaciendo al centro, sino siendo el voto más peligroso en unas elecciones.

Sin embargo, un partido obrero es más que un simple partido electoral, y si quiere tener éxito como tal, necesita ante todo una base que movilizar. Requiere cuadros bien entrenados y programas de educación para todos sus miembros, y debe distribuir estas habilidades y conocimientos entre su militancia en la medida de lo posible. Al aprender a dirigir sindicatos alternativos, sociedades de apoyo mutuo y campañas electorales, adquirimos las habilidades necesarias para dirigir la sociedad sobre nuevas bases políticas. El partido se convierte en un pequeño Estado dentro y fuera del Estado que crece a través de una lucha prolongada para convertirse en la fuerza hegemónica de la sociedad y se erige como un centro de autoridad alternativo al Estado burgués existente cuando surge la crisis.

Convertirse en un «Estado dentro del Estado» también significaría formar lo que los historiadores del SPD de la Segunda Internacional solían llamar una «cultura alternativa».¹⁷ Esto incluiría desde equipos deportivos gestionados por el partido hasta clínicas gratuitas, programas de desayuno o clubes de senderismo. El objetivo de estas «culturas alternativas» no es solo atraer a capas más amplias de la clase trabajadora, sino también desarrollar nuevas formas de socialización contrarias al capitalismo y satisfacer las necesidades de los trabajadores que el Estado capitalista ignora. Una cosa en la que los anarquistas modernos tienen razón es en la necesidad de crear una cultura alternativa de este tipo dentro del capitalismo. Sin embargo, debido en gran parte a limitaciones ideológicas autoimpuestas, las subculturas anarquistas no tienen la orientación obrera, el nivel de centralización, la institu-

17 Lidtke, V. T. (1985), *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Oxford University Press.

Del partido obrero a la república obrera

cionalización y el acceso a recursos (así como barreras culturales) para crear realmente una cultura alternativa que resulte atractiva, y en su lugar crean una alternativa mayoritariamente «DIY» a las organizaciones benéficas. Un partido obrero aportaría un nivel de profesionalización y disciplina a estas actividades, además de incorporarlas a un proyecto político más amplio con responsabilidad democrática ante un movimiento de masas, superando los límites de la «contracultura» de izquierdas actual.

Tampoco debemos olvidar nunca la importancia de la escuela del partido, que es uno de sus aspectos clave. La escuela del partido debe tener como objetivo no solo educar a sus miembros en el marxismo, sino también en habilidades relacionadas con la organización, las finanzas, la ciencia, la tecnología y la logística. Las instituciones educativas del partido trabajan no solo para aumentar la conciencia de la propia clase en la historia, sino también sus habilidades para luchar contra el capitalismo y construir un orden alternativo. Lo más importante es que las escuelas del partido no deben ser simplemente correas de transmisión de la ideología de un líder determinado, sino que también deben promover el pensamiento libre y el debate. El marxismo debe tratarse como un sistema abierto, un programa de investigación progresista en el sentido lakatosiano que se desarrolla a través de la investigación crítica. Por lo tanto, el partido debe tener una cultura intelectual de debate abierto y deliberación colectiva que se refleje en sus propias instituciones. A través de las instituciones educativas del partido, los trabajadores deben desarrollar un sistema superior al de la educación burguesa a la hora de formar individuos integrales, creando un modelo que demuestre el potencial de la alternativa comunista.

En cuanto a la cuestión sindical, un partido debe aspirar a ganar el liderazgo del movimiento sindical en su conjunto en la medida de lo posible. Sin embargo, ganar el liderazgo es un medio para alcanzar un fin, y debe esforzarse por impulsar el movimiento sindical hacia sindicatos industriales que superen las divisiones de oficio y especialización. La creación de un sindicato único para todos los trabajadores, cualificados y no cualificados, debe ser el objetivo general del partido. Por supuesto, se trata de un ideal elevado, algo difícilmente imaginable hasta después de la consolidación de un Estado obrero. Sin embargo, los comunistas del movimiento sindical no deberían limitarse a pedir

Donald Parkinson

una acción directa más radical a las bases, sino esforzarse por ganar las elecciones sindicales y establecer relaciones con otros sindicatos. En lugar de tratar de formar un estrato dentro de los sindicatos que se limite las huelgas en direcciones más militantes, el objetivo debería ser hacer campaña a favor de reformas democráticas en los sindicatos y convertirlos en escuelas de socialismo, para finalmente ganarlos al socialismo como objetivo a largo plazo. No basta con formar caucus para la lucha militante; los trabajadores pueden participar en huelgas militantes y seguir teniendo opiniones reaccionarias. Los comunistas deben desempeñar un papel activo en la educación participando en la política sindical y manteniendo posiciones firmes contra la asociación de la burocracia sindical con el Partido Demócrata, el apoliticismo y el oportunismo general.

Algunos han argumentado que el sindicalismo industrial es inviable en Estados Unidos debido a la legislación laboral. Esto se basa en dos supuestos: que la legislación laboral no puede ser cuestionada mediante acciones electorales o una simple transgresión masiva de la ley. También es posible que los sindicatos existentes en Estados Unidos sean, en su mayor parte, demasiado conservadores para reformarse. Sin embargo, la mayoría de proletarios estadounidenses no están sindicalizados, lo que supone una gran reserva de posibles afiliados a un nuevo movimiento sindical que escape de la camisa de fuerza de los sindicatos oficiales. En una época en la que las viejas instituciones se enfrentan a sus limitaciones y las nuevas luchan por encontrar su lugar en el terreno del capitalismo moderno, es difícil decir cómo serán exactamente las organizaciones defensivas generales de la clase trabajadora. La necesidad de tales organizaciones es eterna en el capitalismo, y las constantes perturbaciones causadas en la clase trabajadora por la brutalidad de la competencia en el mercado hacen que, en algún momento, sea necesaria una organización defensiva de clase de algún tipo.

Lo que el partido debe evitar en los sindicatos es el arribismo burocrático. Los representantes sindicales del partido obrero deben estar sujetos al partido y no a sus propios intereses profesionales, lo que crea un fenómeno que desplaza la política del partido a la derecha. Esto significa que el trabajo en los sindicatos debe centrarse en la creación de una base y en la educación de las bases, en lugar de utilizar maquinaciones oportunistas para ascender en el escalafón sindical.

De las sectas a los partidos y al poder estatal

Cómo podemos construir un partido así no es una pregunta fácil. Para empezar a responderla seriamente, sería necesario analizar la dinámica de las distintas sectas de la izquierda y pensar en una forma de trascender la dinámica del sistema sectario, al tiempo que se avanza hacia una mayor unidad programática. Muchos sostienen que la mejor opción ahora mismo es trabajar en DSA; otros en la red Marxist Center, y otros, en la IWW. Lo que está claro es que los comunistas serios deben empezar a trabajar por algún tipo de unidad programática que pueda ser la base del nuevo partido. Potencialmente, también podríamos extraer lecciones de la táctica del «frente único» de la Comintern sobre cómo unir y consolidar nuestras fuerzas a pesar de la división de la izquierda. La unidad en la acción común puede ayudar a los comunistas a superar divisiones inútiles y encontrar una unidad programática más amplia.

El camino para construir un partido así no será sencillo y requerirá luchas ideológicas y políticas. Es importante que estos debates se realicen de buena fe y públicamente en la prensa de las organizaciones revolucionarias sin antiintelectualismo ni oscurantismo. Habrá que llegar a compromisos sobre cuestiones tácticas. Habrá que sepultar viejas luchas históricas. El dogmatismo, la fe en poseer el único hilo rojo verdadero de la tradición comunista o creer en la única interpretación correcta de la «ciencia inmortal» (y, por lo tanto, la autoridad ilimitada que otorga) debe combatirse con un debate y un cuestionamiento abiertos. Habrá que tolerar las fracciones; la gente tendrá que tolerar la pérdida de votos sin escindirse en respuesta. Se trazarán líneas claras de demarcación ideológica y creceán tendencias políticas que reflejen la diversidad del proletariado en todas sus formas. La estrategia general de creación de bases se puede ver como una suerte de «pan de cada día» de la organización del partido. La tarea general de construir instituciones con una base proletaria fuera del Estado y capaz de ejercer el poder de clase es fundamental, y deben crearse instituciones que puedan existir tanto dentro como fuera de un partido político. No se puede construir el poder dentro del Estado burgués. Más bien, un partido obrero debe construir el poder construyendo primero su propia base independiente, y no simplemente «conquistando» la base de otro

Donald Parkinson

partido. Los éxitos electorales no son tanto una fuente de poder sino una mera medida y consolidación del poder existente.

Un partido obrero digno del nombre de comunista debe estar estrechamente vinculado a la lucha de clases. No surgirá espontáneamente de los sindicatos y otras organizaciones defensivas, sino que comenzará con la consolidación de comunistas, que luego adoptarán un papel activo en la organización de tales instituciones. Un partido comunista no debe limitarse a «intervenir» en huelgas después de que estas estallen, sino ser una expresión organizativa del poder de clase que ayude a aumentar el número de huelgas y conflictos de clase. Debe aspirar a ganarse el liderazgo de las propias instituciones defensivas de la clase obrera democráticamente, no a través de maquinaciones burocráticas. Los comunistas deben demostrar que su partido es diferente de los partidos burgueses, no solo en nombre sino también en la práctica, luchando como vanguardia en la lucha de clases, no solo por objetivos económicos sino también en la lucha por la democracia. Un ejemplo histórico de cómo sería esto es la forma en que el CPUSA estaba en la vanguardia de la lucha por los derechos democráticos de los negros. Al demostrar que son la vanguardia en estas luchas contra todas las formas de tiranía capitalista, los comunistas pueden ganarse el apoyo del proletariado en general, expresando y clarificando sus intereses de clase. Los comunistas llevan al resto del proletariado la «buena noticia» de que, colectivamente, pueden transformar el mundo para eliminar toda explotación y opresión. Pero para convencerles hace falta una visión, y el propósito de un programa es, en parte, ayudar al público a imaginar el tipo de cambios por los que lucha el partido.

Un partido comunista que construye un apoyo de masas socializa a la humanidad de una nueva forma y prepara la solidaridad de clase y humana que será la base del comunismo. Al representar un mundo potencial mejor en su forma organizativa, le da vida a las esperanzas de un mundo mejor que, de otro modo, sería reprimido por la sociedad capitalista. El auge de un partido de este tipo solo es compatible hasta cierto punto con el orden capitalista; tarde o temprano, el capitalismo entrará en crisis y el partido tendrá suficiente poder para lanzar una revolución social si continúa con una tasa de crecimiento secular (es decir, un crecimiento continuo a largo plazo durante un periodo de tiempo). Así lo supuso el teórico del SPD Karl Kautsky, que conside-

Del partido obrero a la república obrera

raba inevitablemente el crecimiento del partido debido al crecimiento del proletariado. Pero la historia demostró ser más astuta que esta situación, en un principio creíble, ya que el desarrollo del movimiento socialista se bifurcó en diferentes corrientes rivales, mientras que el propio movimiento obrero nunca siguió una simple tendencia secular de crecimiento constante. Las esperanzas de Kautsky y muchos de sus primeros seguidores resultaron ser demasiado idealistas para la complejidad de la política real. Conforme el partido se desarrolla y consolida sus posiciones, a veces perderá o ganará miembros y apoyo, al tiempo que adoptará las posturas de principios necesarias sobre diversas cuestiones. Lo importante es que el partido esté a la altura de su independencia de clase con hechos y no solo con palabras, y que no vacile para acomodarse a los intereses de las clases propietarias con el fin de ganar apoyo.

¿Cómo puede un partido así ganar realmente el poder estatal? ¿Podría hacerlo pacíficamente a través de las elecciones? Incluso si el partido ganara la mayoría en unas elecciones y llegara al poder por sí solo, si comenzara a implementar realmente un programa revolucionario para derrocar el antiguo orden constitucional, disolver el ejército y armar al pueblo, lo más probable es que la burguesía reaccionara a la transgresión de su poder de clase con un golpe o una revuelta armada. En este caso, la única opción es defender la revolución mediante la clase obrera armada o ceder ante el ejército burgués. Es debido a esta realidad política que no se puede prometer una «vía democrática al socialismo» sin que estalle un conflicto civil violento. La improbabilidad de un cambio social radical de forma pacífica y sin conflictos civiles, al menos en Estados Unidos, fue articulada bien por el revolucionario estadounidense Albert Parsons:

No creo que el capital permita de forma silenciosa o pacífica la emancipación económica de sus esclavos asalariados. Va en contra de todas las enseñanzas de la historia y la naturaleza humana que los hombres renuncien voluntariamente al poder usurpado o arbitrario. Por esta razón, los capitalistas del mundo obligarán a los trabajadores a emprender una revolución armada. Los so-

Donald Parkinson

cialistas señalan este hecho y advierten a los trabajadores que se preparen para lo inevitable.¹⁸

Al final, no tendremos más remedio que destruir el aparato represivo del Estado burgués, lo que significa disolver en la práctica la policía y el ejército, armando al proletariado, y poniendo el poder en manos de la clase obrera mediante la construcción de una nueva forma de representación adecuada para el gobierno obrero. El hecho de que el partido tenga o no el mandato de formar una república obrera no debe decidirse únicamente en función de que cuente con una mayoría adecuada en la propia legislatura. Lo que importa es conseguir suficiente apoyo de masas y legitimidad para que, cuando la crisis de legitimidad política se manifieste con mayor intensidad, el Partido Comunista represente el polo alternativo de poder con la legitimidad de la mayoría de proletarios políticamente movilizados.

No importa cuanto apoyo tenga el partido comunista, la transición al socialismo solo puede producirse si se produce una ruptura entre la antigua clase dominante y el proletariado ahora dominante que consolide el poder frente al régimen en colapso, es decir, una revolución. En este caso, la revolución se define simplemente como un cambio en la clase que gobierna el Estado. Tal cambio requerirá una ruptura radical con las formas anteriores de Estado y de Gobierno, pasando el poder político a manos de las masas. Dado que es poco probable que las clases decadentes toleren tal ruptura, es probable que se incite a alguna forma de lucha armada. Es exactamente el cambio de poder de una clase a otra lo que define una revolución social. La esperanza de una «vía democrática al socialismo» es simplemente una vía para modernizar el Estado del bienestar. Salvo que haya un cambio en qué clase gobierna –en quién gobierna a quién–, la burguesía jamás tolerará una transición al socialismo por parte de políticos astutos que aprueben «reformas evolutivas» o «no reformistas» ante sus narices. Una revolución solo será posible cuando las masas se hayan convencido de que no hay otros medios para resolver la crisis actual y de que la única forma de lograr un cambio deseable en la sociedad es a través de la revolución social. La dificultad de esto no niega la realidad histórica

18 Simkin, J. (s. f.), *Albert Parsons*, Spartacus Educational, <https://spartacus-educational.com/USAparsonsA.htm>.

de la contrarrevolución burguesa. La esperanza de que se pueda evitar una ruptura revolucionaria en favor de un «socialismo evolutivo», favorable entre los teóricos influyentes en el DSA actual, es tan ilusoria como una transición apocalíptica inmediata al comunismo.¹⁹

Veamos un ejemplo histórico clásico. La abolición de la esclavitud en los Estados Unidos se intentó mediante una legislación gradual cuando el Partido Republicano de Lincoln ganó las elecciones con la promesa de no ampliar más los estados esclavistas. Esto llevó a los estados esclavistas a formar una Confederación y separarse, lo que provocó una guerra que comenzó para reunificar a la nación pero se transformó en una guerra revolucionaria para acabar con la esclavitud mediante la ocupación militar del Sur. Karl Marx quedó fascinado por la guerra civil estadounidense debido a sus implicaciones políticas y estratégicas. Es probable que este acontecimiento influyera en su visión de cómo se produciría la revolución. En esencia, un partido revolucionario agotaría todos los medios posibles hasta que la insurrección fuera la única vía posible, o hasta que la burguesía simplemente lanzara una «revuelta de esclavistas» y forzara una guerra civil que pusiera en tela de juicio la existencia del régimen burgués. Se puede considerar la Revolución de Octubre de manera similar: los bolcheviques y sus socios de coalición obtuvieron una victoria política en los soviets y la usaron como mandato democrático para derrocar el Gobierno provisional y formar una república soviética. El curso de los acontecimientos, en el que la burguesía se rebeló con el apoyo del imperialismo a través del Ejército Blanco obligó a los bolcheviques a consolidar políticamente su régimen mediante la guerra civil. Lo hicieron movilizándolo al campesinado a través del Ejército Rojo hasta 1922, abandonando finalmente la dura era del comunismo de guerra para pasar a la más estable Nueva Política Económica.

Es una tontería decirle a las masas que se puede prometer una vía pacífica a una república obrera, que es básicamente un cambio en el gobierno de clase. Incluso si fuera posible y el gobierno pudiera implementar un programa de mínimos sin provocar una guerra civil, igualmente se seguiría necesitando movilizaciones civiles de masas para

19 Cf., por ejemplo, Wright, O. E. (2016), «How to Think About (And Win) Socialism», *Jacobin*, y Chibber, V. (2017), «Our Road to Power», *Jacobin*.

Donald Parkinson

combatir el sabotaje de la burguesía que acompañaría a una reorganización de las relaciones de propiedad. Quienes esperan una «vía democrática al socialismo» no desean un Estado revolucionario respaldado por las masas. Tratan al Estado liberal como un lugar neutral de conflicto de clases que el proletariado puede transformar a su antojo con el tiempo, de forma lo suficientemente lenta como para evitar un periodo de conflicto social en el que ocurra una ruptura en la naturaleza de clases del Estado. Esta idea asume que podemos pasar una revolución a escondidas de la burguesía e ignora problemas como la fuga de capitales que frustran los intentos de reformas socialdemócratas. Esto no se puede combatir simplemente con la esperanza de la presión de la «acción de masas en las calles». E ignora que la clase capitalista recurrirá alegremente a romper con las normas democráticas ante un gobierno que amenace seriamente el dominio de la propiedad si es necesario, incluso si los socialistas tienen un mandato democrático. En Chile, se intentó una vía electoral al socialismo a través del gobierno de la Unidad Popular que buscaba evitar una ruptura con el Estado burgués y la posibilidad de una guerra civil. En lugar de armar a la clase obrera y disolver el poder del Estado, el gobierno de Allende mantuvo al ejército en su lugar y esperó contar con su apoyo. Esto llevó a que los trabajadores quedaran indefensos ante la contrarrevolución de Pinochet contra el gobierno de la Unidad Popular que instauró una dictadura militar con consecuencias devastadoras.

Estaría fuera del alcance de este artículo especular en detalle sobre cómo se producirá exactamente una futura revolución comunista, qué cadena de acontecimientos históricos la provocará, cómo se desarrollará una guerra civil contra la reacción y como transicionará una sociedad así hacia el comunismo. Sin duda habrá continuidades con revoluciones anteriores, pero la revolución comunista tampoco se parecerá a ninguna revolución que haya ocurrido jamás. No debe aspirar a ganar al comunismo una sola nación, sino todo un continente, a fin de establecer una «cabeza de puente» para la gran revolución mundial (América Latina sería un ejemplo). Al tiempo que se da cabida a la creatividad de las masas, hay que tener planes e instituciones dedicados a convertir las cuestiones de la gobernanza revolucionaria de fantasías abstractas en problemas concretos que hay que abordar. Este es, en última instancia, el objetivo del partido. Debe organizar al proletariado de

Del partido obrero a la república obrera

forma más eficaz que la burguesía, actuando como una institución que no solo puede formular planes contrarios al dominio de la burguesía, sino que también tiene los medios para llevarlos a cabo. Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿cuál es el papel del partido tras la revolución social?

El objetivo del partido, organizado en torno a un programa de mínimos con el objetivo de establecer una república obrera, debe utilizar algún tipo de mandato político para movilizar al proletariado con el fin de aplastar el Estado burgués y formar el suyo propio. El partido jugará un papel clave en la dirección de la revolución inicial, proporcionará la coordinación necesaria entre todas las facciones del proletariado y actuará como una soberanía alternativa que reemplace al Estado capitalista. Conforme el partido establezca esta nueva soberanía, su objetivo debe ser el de disolverse en diferentes facciones dentro de los órganos representativos de la república obrera, elegidos libremente y revocables por todo el público. Los órganos legislativo y ejecutivo deben fusionarse, y el gobierno debe convertirse en un «órgano de trabajo» de delegados. Este proceso marca el comienzo de la extinción del Estado, pero no significa que deje de existir un Estado unitario, centralizado y represivo (de los intereses de la clase capitalista). Un sistema representativo debe estar compuesto de consejos municipales y un consejo comunal central que se rindan cuentas mutuamente. El objetivo no debe ser la descentralización hacia la autonomía regional, con diversos municipios que tengan sus propias formas de gobierno o ley, sino más bien la coordinación y la centralización de todos los órganos en torno a un plan común. El propósito del partido es asumir un papel dirigente en la formación de dicho gobierno y proporcionar el liderazgo para darle coherencia. No debe aspirar a establecer un Estado unpartidista de corte marxista-leninista, sino utilizar las formas de democracia radical que ha desarrollado en el proceso de construcción del movimiento obrero. Esta es la única vía posible para formar una república obrera verdaderamente construida sobre la base del poder de masas proletario y poner al mundo en el camino hacia el comunismo.

Donald Parkinson

De la república obrera al comunismo

Cómo transicionará la república obrera al comunismo es otra cuestión totalmente distinta, que requiere tanto examinar los intentos anteriores de socialismo como una peligrosa disposición a especular. Solo podemos decir esto: en una república obrera incipiente, el objetivo inmediato no será la nacionalización de toda la propiedad, ni siquiera su socialización o colectivización. El objetivo principal de la república obrera será colectivizar el poder político, poniéndolo en manos de la clase trabajadora. Para ello es fundamental la transferencia del poder armado real a las manos de las milicias obreras a través de la destrucción del antiguo ejército y la antigua policía. Un elemento clave de cualquier Estado, independientemente de la clase que lo dirija, es la fuerza, y esta fuerza la controlan aquellos que controlan las armas que la respaldan. Lenin resume de manera excelente los cambios necesarios para que esto suceda:

El pueblo necesita la república para que las masas se eduquen en los métodos de la democracia. Necesitamos no sólo una representación de tipo democrático, sino también la administración del Estado desde abajo, por las propias masas, la participación efectiva de éstas en toda la vida del Estado, su papel activo en la dirección. Sustituir los viejos órganos de opresión –la policía, la burocracia, el ejército regular– por el armamento de todo el pueblo, por una milicia realmente general: ése es el único camino que garantizará al país un máximo de seguridad contra la restauración de la monarquía y que le permitirá avanzar consecuente, firme y resueltamente hacia el socialismo, no «implantándolo» desde arriba, sino elevando a las grandes masas de proletarios y semi-proletarios hasta el arte de gobernar el Estado, hasta la facultad de disponer de todo el poder del Estado.²⁰

Otro objetivo del nuevo régimen proletario sería poner fin a la existencia de la política como carrera. Esta reivindicación suele resonar en

20 Lenin, V. I. (1917), «A Proletarian Militia». En Lenin, V. I. (1964), *Lenin Collected Works*, tomo XXIV, Progress Publishers, pp. 179-182. Cita en español extraída de Lenin, V. I. (1985), *Obras Completas*, tomo XXXI, Editorial Progreso, pp. 301-304.

el llamamiento populista a «sacar el dinero de la política». Sin embargo, sacar el dinero de la política no resuelve el problema de los burócratas que crean feudos de lealtad que protegen sus intereses personales de la responsabilidad pública. Este fenómeno no se debe a algún defecto de la naturaleza humana, según el cual «el poder corrompe», sino a que los burócratas usan sus conocimientos especializados para monopolizar la toma de decisiones y la información con el fin de elevarse por encima de los demás en cuanto a estatus, desarrollando así intereses similares a los de los pequeños propietarios. Mientras los burócratas existan debido a la división social del trabajo, tendrán estas tendencias. Lo que importa es que la república obrera use las normas democráticas para que los burócratas rindan cuentas (como límites de mandato, salarios máximos, supervisión pública, revocabilidad), así como programas para simplificar el proceso político y colectivizar sus habilidades para que las masas se hagan cargo de todos los aspectos de la vida política.

El objetivo principal del régimen obrero será, en esencia, crear y consolidar una nueva forma de Estado, en lugar de destruir inmediatamente el capitalismo. Obviamente, se producirán incursiones despóticas en la propiedad privada, con la toma de los altos mandos clave de la economía y el uso de la nacionalización para combatir el sabotaje económico. Los trabajadores deberán tomar las industrias a medida que la burguesía se de a la fuga, y el nuevo Estado obrero no reconocerá la inviolabilidad constitucional de los derechos de propiedad. Inicialmente, se producirán principalmente transformaciones políticas, ya que las transformaciones económicas llevarán más tiempo debido a la necesidad de transformar las fuerzas y relaciones de producción e integrar la economía mundial. Este enfoque puede calificarse de gradualista, mientras que la toma del poder por parte del proletariado, por otro lado, provoca cambios políticos inmediatos. Una nacionalización inmediata de todos los medios de producción y el paso al racionamiento estatal en lugar de los mercados no abolirán realmente la producción mercantil, sino que llevarán al florecimiento de los mercados negros. Los intentos voluntaristas de prohibir los mercados por decreto tienen un historial deficiente, ya que a menudo son sustituidos por un racionamiento burocrático propenso a la corrupción. Bajo la economía inicial de una república obrera, se puede imaginar un «sector de mercado» compuesto principalmente por pequeños productores, un sector

Donald Parkinson

«cooperativo» de pequeños productores que socializan sus propiedades y un sector «socializado» o planificado. De hecho, muchos de los pasos iniciales que se den no serán tanto negaciones directas del capitalismo sino la racionalización de los monopolios del Estado hacia una mayor eficiencia. Sin embargo, la existencia de un sector de mercado, por pequeño que sea, es una señal de la socialización incompleta de la economía; la cuestión no es si abolir o no la producción mercantil y tener una economía planificada, sino como.

Es importante comprender que la nacionalización es en sí misma simplemente un medio para la socialización. Bajo una república obrera, una fábrica nacionalizada pasa a ser propiedad del Estado; sigue estando regida por un proceso de trabajo capitalista, en muchos casos con una división técnica del trabajo que crea inherentemente la necesidad de especialistas y jerarquía en la industria. Si bien una industria se puede nacionalizar, esto no significa que se haya transformado sobre una base socialista o que se haya socializado. Las industrias clave, especialmente aquellas que anteriormente eran monopolios, se pueden nacionalizar y convertir más rápido en industrias socializadas que operen sobre una base planificada y controlada por los trabajadores, pero incluso entonces este proceso requiere una transformación de toda la división del trabajo que puede llevar años (dependiendo de la industria). Por supuesto, se deben perseguir y aplicar activamente, en la medida de lo posible, medidas encaminadas a la socialización, como la autogestión obrera. Como señala Lenin, la nacionalización es simplemente la confiscación de la propiedad, mientras que la socialización es una tarea mucho más difícil de llevar a cabo:

El quid del momento actual consistía ayer en nacionalizar, confiscar con mayor decisión, en golpear y rematar a la burguesía, en acabar con el sabotaje. Hoy nadie más que los ciegos podrán no ver que hemos nacionalizado, confiscado, golpeado y acabado más de lo *que hemos podido contar*. Y la socialización se distingue precisamente de la simple confiscación en que se puede confiscar con la sola «decisión», sin saber contar y distribuir acertadamente; *pero es imposible socializar sin saber hacerlo*.²¹

21 Lenin, V. I. (1918), «Left-Wing Childishness». En Lenin, V. I. (1972), *Collected Works*, tomo 27, Progress Publisher, pp. 323-334. Traducción al español

Del partido obrero a la república obrera

En pocas palabras, el deseo de nacionalizarlo todo inmediatamente tras la revolución para eliminar todos los vestigios del capitalismo solo puede ser un deseo, ya que la socialización de la industria no es algo que se pueda lograr apelando a la fuerza de voluntad interna de los trabajadores. Esto se debe a que choca con los límites de las condiciones materiales: la estabilidad del suministro de alimentos, la provisión de viviendas básicas, la dependencia de las formas cualificadas de trabajo especializado y, como señala Lenin, la capacidad de «calcular y distribuir». Muchas nacionalizaciones iniciales pueden tomar la propiedad para convertirlas en fábricas de municiones para las necesidades de la guerra civil. Otras pueden tener como objetivo sustituir formas de industria arcaicas y destructivas para el medio ambiente. Sería un error nacionalizar todas las industrias inmediatamente y buscar poner todo en una vía inmediata hacia la socialización, sobre todo porque los pequeños propietarios se resistirán recurriendo a los mercados negros y se negarán a integrarse en masa a la producción socialista planificada. Los pequeños propietarios tendrán que integrarse en el sector planificado o, eventualmente, cerrar sus negocios cuando se enfrenten a la competencia del sector socialista.

La forma del Estado bajo una república obrera es la dictadura del proletariado, igual que la forma del Estado en cualquier república burguesa es, en última instancia, la dictadura de la burguesía. La frase «dictadura del proletariado» implica la existencia del proletariado, que a su vez implica la existencia del capital. Por tanto, sería un error decir que la dictadura del proletariado va más allá del capitalismo como modo de producción. Más bien, el proletariado se convierte en la clase más poderosa dentro del capitalismo: el capitalismo está en decadencia. En la dictadura del proletariado, el proletariado ha vencido en la lucha de clases y se ha convertido en la clase dirigente en la sociedad, habiendo derrotado al Estado burgués. Pero la lucha de clases continúa sobre una nueva base, ahora principalmente contra la pequeña burguesía y la burocracia, que en su interior defienden intereses de clase para restaurar diversas formas de sociedad de clases. El proletariado debe luchar contra estos elementos, no a través de campañas violentas de expulsión,

disponible en Lenin, V. I. (1986), *Obras Completas*, tomo 36, Editorial Progreso, pp. 291-324.

Donald Parkinson

sino transformando la base económica de la sociedad, trascendiendo el capitalismo y la propia sociedad de clases. Una parte fundamental de esto es romper la división intelectual/manual del trabajo que está en el núcleo de la burocracia y colectivizar las habilidades de los especialistas a través de campañas masivas que combinen educación y trabajo. Dado que el proletariado posee el poder estatal, puede usar el poder de la administración centralizada para asumir esa tarea. La lucha de clases toma una forma diferente, centrándose más directamente en la transformación de las relaciones sociales entre humanos.

Una sugerencia es que la transición se producirá a través de la reducción progresiva del tiempo de trabajo a través de la aplicación de la planificación, en lugar de producirse principalmente a través de la nacionalización de toda la economía y la imposición de un sistema de racionamiento. Para algunas formas de producción, si no hay suficiente abundancia, la abolición de la forma mercancía a favor del racionamiento puede crear simplemente mercados negros. Obviamente, la nacionalización y la reducción de la jornada laboral no son mutuamente excluyentes. Es importante señalar que, en la transición al comunismo, el enfoque debería ser el proceso de transformar el trabajo y otras fuerzas productivas, reduciendo las jornadas laborales y colectivizando las habilidades, más que el porcentaje de la economía confiscado por el Estado. La nacionalización debería verse como un medio para lograr estos objetivos, pero no un fin en sí mismo. Conforme pongamos el desarrollo de las fuerzas productivas bajo nuevas relaciones sociales a través de la planificación científica socializada, se desarrollarán nuevas fuerzas productivas, que a su vez desarrollarán nuestra libertad más allá de los límites de la necesidad y la capacidad de transformar nuestro entorno. Las dos categorías de relaciones sociales de producción y fuerzas productivas se pueden desarrollar en una relación de fortalecimiento mutuo. Desarrollar el comunismo no es una cuestión de favorecer las fuerzas productivas por encima de las relaciones de producción o viceversa, sino en transformar ambas a través de una relación de fortalecimiento mutuo.

En línea con Marx, tiene sentido distinguir entre una fase inferior y una fase superior del comunismo. La fase superior implica una sociedad en la que no solo la producción está plenamente socializada, sino también la distribución, lo que significa que tiene un acceso libre

Del partido obrero a la república obrera

a los bienes sin ninguna forma de dinero o racionamiento por el Estado que medie entre la humanidad y los medios de producción. Esto se distingue de la fase inferior del comunismo, en la que la producción socializada se sigue haciendo sobre la base del uso pero los bienes se distribuyen al trabajador de acuerdo con su contribución de tiempo de trabajo (con alguna forma de seguro social para aquellos que no puedan trabajar). El fin de la producción basada en el valor de cambio a favor de la producción directa de valores de uso es una propiedad básica de las fases inferior y superior del comunismo. El comunismo implica el fin de la compraventa. Esto es lo que se entiende al decir que es necesario abolir la forma valor. Esto se resume muy bien en *El ABC del Comunismo*, de Bujarin y Preobrazhenski:

El sistema de producción comunista no presupone la producción para el mercado. Se produce para satisfacer las necesidades de la sociedad. Por tanto, no existen mercancías, sino sólo productos. Estos productos no son recíprocamente cambiados, no son ni vendidos ni comprados, sino simplemente acumulados en los almacenes comunes y distribuidos a los que los necesitan. El dinero será cosa superflua. Entonces, podrá argüir alguno, habrá unos que tomen una gran cantidad de productos y otros que cogerán pocos. ¿Qué ventajas se pueden obtener con este sistema de distribución? Ved cómo estará organizada la distribución. Al principio se tendrán que introducir reglas y los productos no serán entregados más que a aquellos que posean una anotación en la carta de trabajo. Más tarde, cuando la sociedad comunista se haya desarrollado y consolidado, todo esto será inútil. Estarán en tal abundancia todos los productos, que todo el mundo podrá tener los que quiera. Pero, ¿no tendrán los hombres interés en tomar más de lo que necesiten? Ciertamente, no. Hoy a nadie se le ocurriría tomar tres billetes del tranvía para ocupar un solo sitio. Lo mismo pasará en la sociedad comunista con todos los productos. Cada uno tomará de los depósitos comunes sólo lo que necesite y nada más. Nadie tendrá tampoco interés en vender los superfluo, puesto que todos tendrán lo necesario. Por esto el dinero no tendrá ningún valor. En resumen, en los comienzos de la sociedad comunista los productos probablemente serán distribuidos

Donald Parkinson

según el trabajo prestado, y más tarde, simplemente según las necesidades de los ciudadanos, de los compañeros.

Para lograr semejante tarea, la sociedad deberá desarrollar en gran medida sus capacidades productivas y racionalizar su organización social. La abolición de la forma valor no se produce por decreto, reprimiéndola mediante una «dictadura comunista contra el valor». El objetivo es, más bien, cambiar las relaciones y fuerzas de producción para poner la sociedad en una vía de desarrollo hacia ese fin. No basta con negar la forma valor y reprimir la existencia de la producción mercantil en favor de un racionamiento burocrático, sino trascender la forma valor produciendo nuevas relaciones sociales que permitan una forma de reproducción social que no sea ni alienante ni explotadora.

También debe quedar claro que el comunismo no es una posibilidad a escala nacional, porque requiere la plena cooperación de la división mundial del trabajo. La capacidad de una dictadura del proletariado de trascenderse a sí misma y extinguirse como Estado depende del éxito de la revolución mundial; mientras el mundo sea capitalista, los revolucionarios tendrán que hacer concesiones económicas al capitalismo. Lo que importa en un primer momento es que, políticamente, el poder esté en manos del proletariado. A partir de ahí, el proletariado comienza a dar pasos hacia el socialismo en consonancia con lo que es materialmente posible, creando inicialmente un sector socializado embrionario mediante la toma de industrias clave y su planificación, así como poniéndolas bajo control obrero, e incrementando gradualmente la cantidad de producto social que está libremente disponible para todos a pesar del tiempo de trabajo dedicado a dicho producto. Conforme la producción se planifique científicamente de acuerdo a la necesidad humana, la distribución podrá realizarse cada vez más de forma libre y comunal, y lo que quede del sector mercantil de los pequeños productores desaparecerá. Se puede pensar en la noción de Preobrazhenski de la ley de la planificación y la ley del valor, según la cual la ley de la planificación crece con la socialización de la industria para desplazar la regulación de los bienes por la ley del valor.²² El proceso debe hacerse con cuidado, a un ritmo que evite grandes perturbaciones del equilibrio

22 Cf. Preobrazhenski, Y. (1926), *The New Economics*, Oxford University Press.

Del partido obrero a la república obrera

social. Es necesario fusionar el trabajo con la educación para producir un excedente de trabajadores cualificados, de tal forma que los especialistas no puedan usar su conocimiento como un monopolio del que beneficiarse. Se utilizará más bien colectivamente para contribuir al intelecto general de la sociedad.

La nueva sociedad socialista que se desarrolla a partir de la república obrera en transición hacia el comunismo será una creación única que evoluciona a partir del cascarón proporcionado por la antigua sociedad capitalista, una creación de un proletariado que tome las riendas de la producción y la ciencia. Cuantos más bienes sean distribuidos de forma socializada, cuanto más se erosione la división intelectual/manual del trabajo y cuanto más se reduzcan las horas de trabajo necesarias por parte de todos, la gente tendrá más tiempo libre, no solo para el ocio sino también para mejorarse a sí mismos y participar en la clase de florecimiento humano no alienado que, según Marx, se generalizaría. Una sociedad así, libre de un Estado represivo, será una «asociación de productores libres» en la que toda la humanidad forme una comunidad común y unificada. Sin embargo, para llegar a ella, hay que librar la lucha de clases, que en última instancia es una lucha política: una lucha por el poder.